

Ani Bustamante

Adolescencia:

la revuelta

filosófica

2^a
EDICIÓN



Desclée De Brouwer

Adolescencia: la revuelta filosófica

2ª edición

ani bustamante

Adolescencia: la revuelta filosófica

2ª edición



Desclée De Brouwer

1ª edición: abril 2008
2ª edición: junio 2008

© 2008, Ani Bustamante

© 2008, EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A.
Henao, 6 - 48009
www.edesclee.com
info@edesclee.com

ISBN: 978-84-330-2224-0
Depósito Legal:
Impresión: Publidisa, S.A. - Sevilla

Impreso en España en papel ecológico libre de cloro

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Juan Diego, mi ahijado adolescente

A todos los que pueden hacer de una pregunta un camino posible

Agradecimientos:

Que la escritura haya encontrado un lugar en este libro es algo que tengo que agradecer a muchas personas y circunstancias. Como creo en el poder del deseo inconsciente debo, ante todo, agradecer a aquellos que supieron hacer nacer en mí ese deseo: mis padres, Jorge y Aida, y mi abuelo Pablo, gran poeta que labró mi nacimiento con poesía.

Agradezco también a todos los que han contribuido a mi formación y a los que me han transmitido la pasión por el saber. Son muchos y han dejado marca, entre ellos Miguel Marinas y Laura Benetti. A los que apostaron por el proyecto, amigos como Fernando Maestre, Loretta Cornejo y Judith Vélez.

Le debo este libro, también, al cine y a los libros, a la poesía y a la música, que estuvieron allí para ayudarme a transitar los desconciertos.

Índice

Prólogo: el filósofo como adolescente	11
Introducción	15
Capítulo 1 • El adolescente y el filósofo	19
Capítulo 2 • Adolescencia y posmodernidad	33
Capítulo 3 • El pensamiento y sus vicisitudes	47
Capítulo 4 • El lenguaje como lugar donde se construye la identidad	55
Capítulo 5 • Soledades contemporáneas	69
Capítulo 6 • Angustia y límites: trazando un mapa existencial	77
Las huellas de Carolina y Gonzalo	91
Libros recomendados para adolescentes	95
Bibliografía	97

Prólogo: el filósofo como adolescente

Afirmar que los adolescentes son sujetos políticos de una revuelta es resultado de una suposición común o de una creencia más afinada.

La suposición común [reaccionaria] canta: “¡quién no ha sido revolucionario de joven!”, para inmediatamente sentenciar con boba fatalidad: “¿quién no es conservador de viejo?”.

Este libro vivo de Ani Bustamante –tan querida y admirada– nos retira, según empieza, del lugar común y nos propone *una creencia más afinada*. Consiste en pensar que si la filosofía brota de la admiración –y no hay otro suelo más firme para esta frágil e importante actividad– la etapa de la vida en que uno se encuentra, por fin, con un mundo hecho y derecho pero enormemente extraño, es un momento filosófico. Y filosofía aquí no es una especialidad académica sino la actividad de enfrentarse uno mismo con las preguntas básicas de la vida. Con el revés de la trama de las vidas que vivimos.

Filosofar [que es una actividad, así le gustaba decir a Kant] supone dos gestos básicos: *detener* y *regresar*. Detener el flujo, la marcha de los acontecimientos, pasarlos como a cámara lenta para impregnarnos de todas las determinaciones que tienen. Regresar quiere decir volver una y otra vez a los problemas irresueltos, a las formulaciones que las personas a quienes llamamos “los clásicos” han dejado abiertas para nosotros.

Pero el adolescente no se detiene y, si algo peculiar hace, es no regresar. Tiene la vida por delante, decimos sabiendo que la vida siempre está alrededor. Pero, como dice Ani Bustamante, las y los adolescentes van viviendo una vida perpleja que puede ser ocasión de preguntas filosóficas, esto es radicales, abiertas, que no se dejan tapar con cualquier respuesta.

* * *

Esta irrupción de lo nuevo llamada adolescencia es un buen lugar de encuentro del joven y del filósofo.

Porque en ambos lo que se busca es formular una pregunta que acompañe en la vida y que sea verdadera, aunque no se pueda responder del todo. Aunque no se pueda responder.

Y las preguntas tienen muchos temas. Como vemos a través de las historias que se disponen ilustrando cada capítulo y ayudan a comprender vitalmente lo que está en juego: las preguntas por el ser y el sentido del mundo, por los límites y las posibilidades de nuestro conocimiento, por la calidad de nuestros deseos, recalcan como por itinerario natural en el núcleo fundante del amor.

Esa es la gran vecindad de la pregunta adolescente y del cuestionamiento filosófico con el amor. Vecindad que nuestra autora, que escucha como terapeuta y como filósofa, se permite destacar.

El amor es, posiblemente, la experiencia originaria en la consciencia adolescente. Como Eros, quien adolece, no es enterizo, es frágil y parcial: es hijo de la exuberancia [déjenme decir así el término *Poros*], pues el desear intenso y sin límites tiene que ver con la redoma física, hormonal, de la armonía descompuesta del cuerpo que muda que quienes adolecen representan por encima de otras cosas. La gente joven aparece como distante de un cuerpo que es extraño y que no es un instrumento neutro: es un cuerpo deseante, aunque, como pasa con los derroteros del deseo, este no delate claramente su itinerario ni su punto de llegada. Por eso nos pide toda la atención.

Pero, a la vez, la experiencia del amor –comenzar por ser sujeto de amor, desde la infancia, o bien experimentar la carencia de ese amor– ofrece la otra cara: *Penía*, el otro progenitor de Eros, que es el rostro de la escasez, de la pobreza.

¿Qué pobreza cabe atribuir a quien, como el adolescente, parece arrollarlo todo con su fuerza, con su energía, no siempre productiva, pero indudablemente viva? La pobreza del límite, la conciencia de la manquez de nuestro ser.

No somos completos, es el gran descubrimiento, junto con la caída del narcisismo en la temprana adolescencia, que todas y todos hacemos cuando los mitos de omnipotencia caen. El hallazgo más radical, al que puede aproximarse el adolescente es la conciencia de la propia limitación –la que impone la realidad compleja, la que propone cualquier otro con su modo específico de vivir y desear– pero no como pérdida sino como reconocimiento.

Si el adolescente cree que vive en un cuerpo que todo lo puede, en una red de relaciones que le abriga y le convierten en triunfante, en un mundo que está como hecho para él, corre el riesgo de no reconocerse a sí mismo tal como es.

Esa es la enseñanza de Eros, la primera piedra filosófica –desde *El Banquete* de Platón– con la que contamos si seguimos tomando la filosofía del lado de acá, de nuestro cuerpo, y no del lado de allá, de la institución.

Reconocernos como hijos de *Poros* y *Penía*, implica que ponemos entre paréntesis los mitos consolatorios y los relatos euforizantes y omnipotentes [todas la fábulas con que el mercado corteja a la juventud]. Para venir a constatar qué podemos, qué puede nuestro cuerpo, qué queremos.

Sólo desde esa *mirada recogida* –que no hay que confundir con la mirada que el adolescente tópicamente soñador ofrece en las mitologías cotidianas– se puede ir practicando una virtud mayor: el examen de nuestro deseo, la pregunta por lo que queremos que, es al mismo tiempo, la pregunta encarnada de qué es lo que podemos.

Ahí se acaba el mito y comienza el reconocimiento: somos lo que deseamos en la medida en que nuestro cuerpo sostiene esa búsqueda, esa voluntad de realización.

* * *

El diálogo es el gran protagonista de estas afinadas reflexiones. Ani Bustamante funde aquí la escucha analítica y la tradición socrática. Porque pensar no es un acto monológico, de un sujeto sobre un objeto. Es un acto lingüístico, es nombrar algo para alguien, con alguien. Esté o no presente. Es como los síntomas de nuestro cuerpo que son mensajes que dedicamos a alguien, sin saber exactamente a quién y cómo.

Esta capacidad de mirar el pensamiento como encarnado en el cuerpo es central para comprender, nos dice la autora, el entramado de pensamientos que los jóvenes, los adolescentes producen para vivir, para ser acompañados por ellos, para abrirse camino en el mundo ajeno.

Pudiéramos refugiarnos en alguna epistemología que dejara de lado cuerpo y contexto. Pero erraríamos. La adolescencia es el advenimiento del cuerpo que muda y se transforma. Y esa metamorfosis es consustancial a las representaciones, a los contenidos de la mente adolescente.

Si nuestro mundo no favorece –por estar dedicado a construir simulacros para suscitar deseos de compra– la comunicación externa y la comunicación con nosotros mismos, estas páginas nos muestran bien la tarea que hay que emprender.

Comenzar con la constatación de la carencia, con el respeto al vacío fundante de nuestras vidas –lo que no quiere decir que estas estén condenadas a ser vacuas– es poner el juego la capacidad de reconocimiento. En el diálogo que supera la que Habermas llamó *comunicación sistemáticamente distorsionada* [un mundo enajenado no permite una intimidad transparente o reflexiva] encontramos la ocasión de crecer. Se trata del diálogo impar de la escucha terapéutica, en la que alguien habla para quien pensamos que tiene claves de lo nuestro, es la transferencia. Y se trata también de las ocasiones de encuentro en las que podemos ensayar una palabra medio llena, porque no tapamos nuestra relación con la otra escena, y no negamos que cuando hablamos lo hacemos para alguien.

Ese el ejercicio al que invita este libro: que por más que sepamos siempre podemos aprender cuando a lo peculiar de cada adolescente prestamos oídos. Sabedores de que aquí, personas dedicadas a la educación, al pensamiento, incluso a la filosofía, tenemos una clara responsabilidad: no renunciar a nuestra capacidad de admirarnos, de descubrir, propia de la adolescencia, precisamente para ser capaces de acompañar lo radicalmente nuevo que las y los adolescentes de hoy en día traen.

Porque ellas y ellos, como Hanna Arendt, la gran pensadora política, dijo: han sido creados para ser *comienzo*. Acompañarles en la exploración de lo nuevo que traen es una tarea tan hermosa como este libro lo prueba.

José-Miguel Marinas

Madrid, 5 de octubre de 2007

Introducción

Quiero presentar este libro con una propuesta que parte de un testimonio personal: La filosofía es una pasión que puede darle sentido a tu vida, acompañarla, e incluso salvarla. Esto es algo que aprendí de muy joven, cuando en una clase en la universidad no pude evitar llorar al escuchar a un profesor construir, en perfecta prosa, las preguntas existenciales que yo siempre había tartamudeado. Llena de incertidumbres y de angustia rápidamente seguí el hilo de un discurso que casi no entendía conscientemente, pero que abría nuevas vías a mi congestionada vida. Yo era adolescente y la filosofía se convirtió en la guía que necesitaba para transitar, tanto el difícil camino interior como el sobresaltado paso al mundo adulto.

Fue una relación cuerpo a cuerpo, una pasión de los sentidos y de buscar sentidos, que hacía que la vida, los colores, los amores y todo lo cotidiano cobrara una consistencia más importante para mí. Siempre me inquietó que algunos creyeran que hacer filosofía fuera un acto meramente racional, académicamente denso, que no involucrara la pasión ni el cuerpo. No es esa mi posición, de ninguna manera.

Mi posición es pensar filosóficamente como quien hace uso de un taller de arte pues, para mí, la filosofía es la actividad de crear conceptos, de inventar sentidos, de formular preguntas capaces de inspirar generaciones y culturas diversas. La filosofía se puede hacer con las manos, con la piel, con la respiración, en la medida en que dejemos de separar el cuerpo del alma. Pues cada gesto que un ser humano hace está rodeado por el maravilloso velo del lenguaje. Mis manos al escribir llevan consigo las huellas de mis papeles arrugados, garabateados. Tus manos al moverse cuentan la historia de aquellas cosas que hicieron que seas quien eres. Es por esto que me interesa llevar la filosofía al campo de lo cotidiana-

no, al de la conversación espontánea, pues es tremendamente triste dejar el que-hacer filosófico exclusivamente a los especialistas. Es como renunciar a tomar fotografías por no ser fotógrafo profesional.

Este libro responde a la necesidad de hacer de la filosofía una herramienta que pueda ser utilizada por cualquiera que tenga la sensibilidad e inquietud suficientes. No es novedad que ella [la filosofía] haya servido de inspiración a todo creador que, perdido en nuevos territorios, la haya llamado para beber de su manantial de sabiduría. Así, el hacer uso del pensamiento filosófico es algo que vemos por ejemplo en Freud, quien a la hora de crear el psicoanálisis busca inspiración en la tradición filosófica. De la misma manera, muchos psicoanalistas y terapeutas enlazaron la clínica con las ideas filosóficas. Este libro tiene la intención de reunir en un diálogo fértil tanto a Platón como a Nietzsche, pasando por Freud y Lacan. Para a partir de ellos abordar la situación del adolescente actual. Y encontrar en las palabras de un adolescente cualquiera, la voz del filósofo que late en sus venas, rescatar sus historias, revalorar el lugar de estos jovencitos que, así como los descubridores de teorías nuevas, exploran un terreno absolutamente nuevo en donde construir su identidad.

En la adolescencia se juntan en un mismo instante el filósofo sediento de saber con el inmaduro jovenzuelo que, empujándose, intenta encontrar sentido a sus asaltos de placer.

Este libro está dividido en seis capítulos que marcan un recorrido que pasa por las siguientes estaciones:

- En el primer capítulo propongo una estrecha relación entre la filosofía y la adolescencia, haciendo énfasis en el potencial reflexivo que todo adolescente tiene, y cómo en ese constante cuestionamiento no deja de formular preguntas que llevan la semilla filosófica.
- El segundo capítulo está dedicado a analizar el contexto social para entender de una manera mas amplia la manera como actúan y piensan los adolescentes. En este sentido hago énfasis en reflexionar acerca de la sociedad de consumo y las nuevas tecnologías.
- En el tercer capítulo podremos analizar el pensamiento como una actividad que puede resultar creativa y apasionante cuando no se encuentra perturbado por diferentes problemas que lo puedan volver repetitivo y tan insistentemente circular que no lleve a ninguna parte.

- En el cuarto capítulo aparece el lenguaje como el lugar en donde se construye la subjetividad a través de metáforas que nos posibiliten tomar distancia de la necesidad de las cosas concretas. Así, cuando esta actividad metafórica es pobre podemos encontrar adolescentes más propensos a enganchar con el consumo y las adicciones.
- En el quinto capítulo propongo pensar el problema de la soledad y las maneras en que esta puede aparecer en los jóvenes. En esta época posmoderna el culto a la imagen, las tecnologías y la velocidad puede llevar al adolescente a un tipo peculiar de soledad caracterizada por negar a los otros. Viviendo así, en un mundo privado, lleno de ficciones virtuales.
- En un mundo cada vez más robotizado es importante saber leer la angustia como un signo de humanidad, como una verdad que se impone al sujeto. Por lo tanto, en el capítulo seis recalco el vínculo íntimo entre filosofía y angustia y propongo hacer uso de la angustia del adolescente como motor para llevarlo a una mejor reflexión sobre lo que le acontece.

Cada punto va hilvanado a mi práctica clínica y a la historia de algunos personajes que nos llevan de la mano en los diferentes momentos del libro.

Mi posición frente a los adolescentes es la de ayudarlos a encontrar compañía en todo aquello que la filosofía tiene para dar. Un adolescente necesita límites y a la vez recursos para generar una revuelta de su propio mundo que le permita construir su identidad

La idea de este libro es poder llevar la reflexión a la práctica, hacer de la filosofía una suerte de “taller” en donde se creen nuevas cosas. Es por esto que al final de cada capítulo propongo ideas, preguntas y herramientas prácticas. De tal manera que la acción concreta va precedida de una reflexión que de consistencia a las acciones venideras, así nos alejamos de ese actuar por actuar, vacío y sin fundamento que puede ser peligroso.

El adolescente y el filósofo

La filosofía según Platón empieza con el asombro. Los grandes pensamientos siempre aparecen cuando algo nos intriga y nos sorprende, por esto, se suele decir que lo más importante es poder formular una buena pregunta independientemente de que sea contestada o no. Las preguntas crean mucha actividad mental, nos abren nuevos mundos, nos fuerzan a ver las cosas de otra manera. Una buena pregunta puede dejar huella toda una vida. Por esto propongo construir puentes entre filosofía y adolescencia, pues ¿no es acaso la adolescencia una de las etapas de la vida que más nos confronta a este asombro?

En esta irrupción de lo nuevo, llamada adolescencia, que aparece con un sin fin de preguntas es frecuente escuchar de improviso alguna frase suelta dicha por un jovencito: “¿quién eres tú para darme órdenes?”, “¿quién dice que tengo que hacer mis tareas?, ¿cómo sé que el azul que yo veo es igual al que tú ves?, ¿qué es la realidad?”.

El adolescente perturba la adaptación del adulto. El adolescente nos descoloca con su tempestad interrogativa, con su confrontación a la ley establecida, con su necesidad de justicia y su rebelde apuesta de libertad.

Su abierta vocación subversiva, su intensa búsqueda de límites, la angustiada oscilación en la que su identidad se balancea hacen que, allí donde el adulto sabe bien “quién es” aparezca el demoledor adolescente para hacerle saber que la identidad es algo frágil, que requiere trabajo arduo, y que no es algo que podamos comprar en el supermercado de la esquina por más alto que sea nuestro puesto laboral. Es decir, el adolescente nos fuerza a filosofar.

En mi experiencia he observado que no todos los adolescentes logran articular sus vivencias angustiantes y asombrosas a través de inquietudes filosóficas.

¿Qué es lo que determina que algunos puedan pensar y cuestionarse conscientemente asuntos existenciales y otros les den la espalda prefiriendo “hacerse los locos”?

Un adolescente que filosofa demuestra haber logrado pasar la carga avasalladora de sus pulsiones a un espacio para pensar, también es aquel que soporta la incertidumbre que estas interrogantes traen sin huir de la realidad, sino más bien, asumiendo que aquello que no puede controlar puede, sin embargo, ser objeto de reflexión y de inspiración. *El sólo hecho de pensar implica poder detener los impulsos.* Filosofar es pues, introducirse en la temporalidad, poder esperar, hacer las pases con el tiempo.

Esta posición filosófica adolescente articula dos aspectos fundamentales para la salud mental:

- Por un lado el joven se encuentra con los límites que estas preguntas, al no poder responderse fácilmente, conllevan.

Y por otro,

- Hace de este límite un giro creativo, un arte de filosofar, de pensar, de construir desde la incertidumbre.

Como se ve, es un movimiento que parte de la caída de la omnipotencia infantil, transita por el duelo y herida narcisista y, desde ellos, se va replanteando el mundo y la identidad en un giro creativo.

Sucede que algunos adolescentes optan por negar la realidad quedándose en la sensación de omnipotencia que les brinda el tener un mundo privado y aislado. Estos adolescentes evitan pensar, evaden cualquier pregunta que aparezca, optan por adormecerse en el sueño televisivo o en la hipnosis de un video juego interminable que consuma el tiempo y tape sus preguntas. Estos chicos suelen decir: “¿para qué piensas tanto? ¿de qué te sirve?” es decir, no acceden a la posibilidad de sublimar sus pulsiones a través del diálogo y el pensamiento creativo. Por lo tanto no pueden construir mayor consistencia humana ya que ésta sólo aparece cuando atravesamos nuestros vacíos y enfrentamos el dolor por ese duelo por la pérdida de la magia infantil. El serio riesgo que se corre es el de quitarle sentido a la vida, cediendo el lugar de lo humano al lugar del objeto utilitario y de consumo. Vendiendo la identidad a cambio de algunas dosis de anestesia existencial.

Ante estas cuestiones propongo ir llevando al adolescente hacia el asombro que los enigmas de la vida traen, asombro que, de ser manejado con arte filosófico y

no con impotencia sumisa, puede ayudar muchísimo a una transformación y a un adecuado acceso a la adultez.

Es necesario entonces escuchar con mucha atención las preguntas que formule un jovencito por más absurdas que parezcan en un primer momento. Es probable que movilicen nuestras propias angustias y ante esto nos defendamos diciendo que no tenemos tiempo que perder en tonterías. Cuidado. El adolescente nos va a mover el piso, pero si podemos soportarlo, el cambio y el crecimiento llegarán también para nosotros.

Hay que fijarse cuáles son los puntos que crean más interrogantes en los chicos, así como, cuáles son los móviles a partir de los que construye sus dudas. Pues, en la misma pregunta se puede esbozar una respuesta, sólo es cuestión de saber escuchar y devolver eso que nos formulan acentuando y remarcando los asuntos mas significativos.

Voy a poner un ejemplo de este tipo de pregunta:

Héctor, un adolescente de 16 años acudió, llevado por su madre, a mi consulta. Estaba preparándose para el sacramento de la confirmación, asunto al que daba importancia ya que representaba el poder ser libre frente a su posición religiosa sin ser llevado ni obligado por sus padres. Sin embargo toda la construcción que tenía de la vida y de la libertad se le vino abajo cuando el sacerdote le dijo enfáticamente que: “Dios lo sabe todo, es infinito y conoce todo lo que va a pasar”. Héctor entró en una crisis existencial sobre el sentido del tiempo y de la libertad. Esa noche torturó a sus padres con preguntas como esta: “Si Dios sabe todo, sabe cuando nos vamos a morir, sabe qué pasos voy a dar en la vida, entonces... *¿no existe el libre albedrío?* ¿Para qué me esfuerzo, para qué estudio si haga lo que haga todo está escrito? No tiene sentido cualquier esfuerzo en la vida porque todo es inútil, ya está programado ya está escrito... No sé si es justo que nos exijan tanto, yo creo que mejor nos deberían dejar disfrutar de aquello que queremos hacer porque al final de todo... *¿Qué sentido tiene la vida?*”.

Estas preguntas me resultaron absolutamente conmovedoras, estaba ante un chico que se debatía entre la necesidad de la protección de un padre y la búsqueda de libertad e identidad. Esa búsqueda me hizo acompañarlo, sin “tener escrito” nada, en un diálogo al que me entregué desde mi propia incertidumbre:

- *Revelarse ante lo que nos predetermina es un gesto muy valioso, le dije, aunque trae una cuota de angustia importante: la angustia ante la libertad. ¿Te acuerdas del poema que dice “caminante no hay camino, se hace camino al andar”?*
- *Sí, pero ¿si Dios lo sabe todo, si todo ya está escrito...? ¿qué camino voy a hacer?*
- *Ese es un misterio que nadie nos puede revelar, la dimensión del misterio es maravillosa si es que nos dejamos inspirar por ella. En todo caso, lo importante es lo que tú puedas escribir. Un padre enseña a escribir, no escribe por ti, ¿no crees?*

Seguimos hablando durante un tiempo sobre su idea de Dios, o sobre lo complejas que podrían resultar frases como: “Dios lo sabe todo”. Luego de algunas pausas se irritaba y volvía al punto inicial:

“Quiero saber si Dios lo sabe todo y ¿cómo puedo entender lo que es saber todo?”.

Finalmente yo tan agotada como él le dije:

“En realidad no tengo respuestas para todo lo que me preguntas, síguelo pensando y yo también lo haré”.

Me dio la impresión de que se quedó reconfortado. Se fue del consultorio más tranquilo.

Yo, refugiándome en Kant, me quedé pensando si: *la cuestión de saber si la libertad es posible se confunde con la de saber si el hombre es una verdadera persona.*¹

Héctor nos hace pensar en el significado de la libertad. Me parece indispensable que un adolescente se haga esta pregunta ya que *la libertad trae como consecuencia la responsabilidad y la ética*. Por lo tanto, la libertad no cobra relevancia como un mero hecho hedonista, no está allí para evadir los límites, sino por el contrario, para tener que construirlos constantemente como única forma de conviven-

1. Kant; *Reflexiones*.

cia social y posibilidad de crecimiento. Hay muchas ideas que pueden colocar al ser humano en una posición pasiva frente a la responsabilidad en su vida. Por ejemplo la idea de un dios como proyección del padre que subyuga, o la idea de la naturaleza como aquello frente a lo cual somos impotentes en tanto mortales. Frente al reconocimiento de la fragilidad es común que un adolescente [y todo ser humano] construya una pared infranqueable y que ante la impotencia se abandone al placer pasivo de no hacer nada. No hacer nada, ya que no se puede TODO, ser nada ya que no puedo ser dios. La rebelión por la pérdida de la corona de rey hace del adolescente un abandonado a la fortuna. Es por esto que me pareció fundamental acoger la pregunta rabiosa de Héctor, pues de esa interrogante se puede abrir el camino de la responsabilidad.

La filosofía será entonces, para los fines de este libro, algo así como un personaje, un personaje que ocupa el lugar de compañero e interlocutor en el itinerario del crecimiento. El filósofo, bajo este punto de vista, es aquel que está dispuesto a atravesar la incertidumbre para permitir que una nueva manera de ver el mundo aparezca.

“El valor de la filosofía debe ser buscado, mayormente, en su misma incertidumbre. Quien no siente ninguna inclinación por la filosofía, atraviesa la existencia como un prisionero de los prejuicios que le vienen del sentido común, de las creencias habituales de su tiempo y de su país, y de las convicciones que se han desarrollado en él sin la cooperación ni el consentimiento de su razón. A tal individuo el mundo ha de parecerle preciso, finito, evidente; los objetos habituales no han de plantearle ninguna pregunta y las posibilidades no familiares serán desdeñosamente apartadas de su vida. Por el contrario, apenas comenzamos a filosofar, encontramos que las cosas más ordinarias de la vida cotidiana conducen a problemas a los que no podemos dar sino respuestas muy incompletas. La filosofía, aún cuando no pueda decirnos con certidumbre cuál es la verdadera respuesta a las dudas que suscita, puede, no obstante, sugerir diversas posibilidades que amplían el horizonte de nuestros pensamientos y los liberan de la tiranía de la costumbre. Aun cuando disminuya nuestra certidumbre en relación a lo que son las cosas, aumenta muchísimo nuestro conocimiento en relación a lo que las cosas pueden ser. Rechaza el dogmatismo arrogante de quienes no

han penetrado nunca a la región de la duda libertadora y mantiene vivaz nuestra facultad de asombro, mostrándonos las cosas familiares bajo un aspecto no familiar”².

Escribir con sangre

El adolescente lleva el desasosiego filosófico hasta su punto más radical, hasta su puesta en acto. Pues si bien ambos, el adolescente y el filósofo le dan la cara a los interrogantes existenciales, el adolescente encuentra dificultades para representar y contener sus impulsos, mientras que el filósofo, en principio, logra articular a través del lenguaje y la reflexión la angustia ante el vacío y la incertidumbre.

Es frecuente encontrarse con adolescentes que llevan consigo un “diario” o que andan haciendo poemas, cartas, notas, etc. Aquellos que tienen este recurso acceden a la posibilidad de escritura, por lo tanto de inscripción de sus impulsos y emociones en un registro simbólico: *entre las sensaciones y el mundo se abre la escritura y la capacidad de transformar la realidad con palabras*, saliendo de la pasividad a la que nos somete un mundo televisado, en donde estamos siempre capturados por la pantalla. Escribir es colocarnos como creadores de discurso, por lo tanto capaces de compartir, de hacer circular nuestro pensamiento.

En uno de los libros que tocó mi alma en la adolescencia Nietzsche dice:

“Entre todo lo que se escribe, yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con sangre, y comprenderás que la sangre es espíritu”³.

Esta es una buena manera de terminar con la división cuerpo-alma, y hacer que lo más profundo sea accesible en el cuerpo, en la sangre, en la escritura. Si se escribe con sangre, es decir, conectados con nuestros sentimientos, estos circularán, como la sangre misma, pudiendo salir del aislamiento.

2. Russell, Bertrand; *Los problemas de la filosofía*.

3. Nietzsche, F.; *Así habló Zaratustra*.

Al filósofo tradicionalmente se le ha colocado en una posición puramente contemplativa ejercida por aquellos que pueden y quieren navegar en el ocio. Curiosamente el adolescente muchas veces se encuentra en un estado de aburrimiento y pereza. No es raro encontrarlo echado en la cama mirando el techo, oyendo música “atontado”. Si atemperamos la rabia que esto nos puede generar y, nos ponemos a pensar, quizá podamos descubrir que detrás de ese gran bostezo se encuentran preguntas e inquietudes tan fundamentales como aquellas que formularon desde siempre los filósofos. Esa “contemplación” filosófica se transforma en estallido. El filósofo es un creador, no sólo un contemplador, crea ideas y estas ideas transforman la cultura.

Filosofía: Amor a la sabiduría y amores adolescentes

El adolescente se tiene que enfrentar al nacimiento de la sexualidad y al empuje de sus pulsiones. Sus emociones no encuentran palabras y se ubican, mas bien, del lado de lo innombrable que sólo se expresa en actos, en “transgresiones”, en agresividad o violencia, en “locuras”.

Es la época de los grandes amores, de las inmensas pasiones, y también de la búsqueda del amor imposible, de la construcción de ídolos, de la ensoñación.

El amor es la manera a través de la cual el adolescente arma un universo para sostener sus impulsos, es decir, el enamoramiento es el momento en el que la mente construye fantasías y la fantasía a su vez funciona como una red que da forma a todo aquello impensable e irrepresentable que atraviesa la existencia de un joven.

Por otro lado, al estar enamorado se tienden puentes y lazos hacia un otro, de tal forma que ese ensimismamiento propio de la adolescencia se diluye un poco para dejar al mundo acontecer. Ese otro del que el adolescente se enamora recibe la inmensa carga emocional que brota de un alma tan joven, dándole forma de vínculo. Hay fuertes dosis de idealización, pues la persona querida también cumple una función taponadora de la angustia y el vacío que se abren en esta época de la vida. Es, pues, entre el repliegue y la salida al mundo, que el enamoramiento se torna constituyente de la identidad; es entre lo mío y lo tuyo en donde se crea un espacio para la domesticación de los impulsos, ya que el otro siempre pondrá un

límite a la omnipotencia del pensamiento y evidenciará la fragilidad, [amortiguada por la sensualidad naciente] vulnerabilidad y límites del ser humano. La persona amada representa el poder hacer de la imposibilidad de tenerlo todo bajo control, un enigma que hace caminar, desear, buscar, filosofar.

Platón, en uno de sus más hermosos diálogos llamado “El Banquete” sitúa a Eros en el lugar intermedio entre la riqueza y la pobreza, entre la sabiduría y la ignorancia. Esta condición es dada al ser hijo de Poro [El Recurso] y Penía [La Pobreza], con lo cual oscilará siempre entre estos dos lugares representados por sus padres.

“Como hijo que es de Poro y de Penía, el Amor quedó en la situación siguiente: en primer lugar es siempre pobre y está muy lejos de ser delicado y bello, como lo supone el vulgo, por el contrario, es rudo y escuálido, anda descalzo y carece de hogar, duerme siempre en el suelo y sin lecho, acostándose al sereno en las puertas y en los caminos, pues por tener la condición de su madre, es siempre compañero inseparable de la pobreza. Mas por otra parte, según la condición de su padre, acecha a los bellos y a los buenos, es valeroso, intrépido y diligente; cazador terrible, que siempre urde alguna trama; es apasionado por la sabiduría y fértil en recursos: filosofa a lo largo de toda su vida y es un charlatán terrible, un embelesador y un sofista. Por su naturaleza no es inmortal ni mortal, sino que en un mismo día a ratos florece y vive, si tiene abundancia de recursos, a ratos muere y de nuevo vuelve a revivir gracias a la naturaleza de su padre. Pero lo que se procura, siempre se desliza de sus manos, de manera que no es pobre jamás el Amor, ni tampoco rico. Se encuentra en el término medio entre la sabiduría y la ignorancia”⁴.

¿No encontramos acaso, en la belleza de este texto, que la descripción de Eros se acerca mucho a la descripción del adolescente? Pues este, al igual que el Amor “anda descalzo y carece de hogar, duerme siempre en el suelo y sin lecho”, pasará de estar en estados errantes [en los cuales pareciera que no tiene nada en la cabeza y el ocio gobernara su tiempo] a la frescura de su juventud. Y en ese deambular ansiará recuperar el brillo perdido de la infancia con la construcción de

4. Platón; *El Banquete*.

nuevos ideales. El adolescente “Eros” formulará preguntas llenas de emoción, asombro, inquietud. Es por esto que es también un buscador que hace del amor una vía para [re]descubrir lo perdido. El estado de enamoramiento lo lleva en la sangre y lo convierte poco a poco, con suerte y esfuerzo, en un ser humano capaz de impregnar el mundo de emociones y no caer en el sueño mediático, que con sus luces, apaga la imaginación y las ganas de pensar.

Este estado intermedio en el que el adolescente navega tiene fronteras que van, desde la idealización del amor hasta la decepción y la soledad. Es decir, la trampa reside en que este amor es también la necesidad de sentirse un ángel alado, un ser brillante y deseado infinitamente. Brillo fugaz que lleva a narciso enamorado a la cruda realidad de la pérdida. Es en este terreno intermedio entre el narcisismo y el amor real hacia un otro, en donde la pasión adolescente experimentará las luchas y tensiones necesarias hasta perfilar una identidad y un reconocimiento frente a las demás personas. Este punto es crucial: la posibilidad de hacer pareja, de ser dos, ahí donde las necesidades infantiles reclamarán una simbiosis total. Entonces es importante no dejarse seducir por los cantos de sirenas del joven Eros, pues, si lo que se anhela es fusionarse con otra persona, en realidad ésta pierde sus diferencias y su singularidad y pasa a ser apropiada por el ego adolescente. Para que esta simbiosis no se dé es necesario pasar por la gran herida de sabernos carentes, por reconocer a ese otro como diferente y, por la necesidad de transitar un camino que sólo Eros, con su naturaleza incompleta, es capaz de abrir: *el camino del encuentro con el otro y con el mundo*.

Desde sus heridas, el adolescente busca recursos para articularse: la escritura, la música, el lenguaje con el que juega y codifica signos nuevos [tan nuevos como el lugar que está adquiriendo en el mundo]. Así, por ejemplo, recurrirá a la “filosofía” de una canción o a la invención de un dialecto que sólo entenderán sus pares, esos amigos con los que puede recrear un mundo diferenciado de sus padres.

Reformulación de su mundo y de sus ideales. Esto es importante, el asunto del ideal. El adolescente tratará de construir nuevas figuras con las cuales identificarse, mientras su cuerpo va deshilvanándose, desdibujando las fronteras de la infancia, reacomodando sus sensaciones sexuales, en medio de estallidos de angustia y placer. Asistimos, pues, a una mutación impresionante. Si la sangre deviene letra, la construcción está afirmada. La palabra otorga el lugar en donde anclar un nuevo ideal y, la filosofía, el buen andamiaje ofreciéndose como estructura fértil.

El diálogo

Junto con el asombro, el diálogo es una de las formas con las que nace la filosofía. Asombrarse, tanto como dialogar, es pues vital para seguir pensando. A través de un diálogo nos encontramos con la sorpresa de construir un discurso que no habíamos premeditado. Siempre es fácil tener la razón si es que no hay quien nos confronte, así pues con el diálogo salimos del eje autoreferencial para colocarnos en el lugar del otro y cambiar de ángulo.

Siguiendo con la referencia griega, Sócrates inauguró un método para acceder a la verdad al que llamó “Mayéutica”. La Mayéutica, que en griego significa “partera”, es el arte de hacer preguntas que lleven a la verdad, pues según Sócrates, ésta reside olvidada dentro de nosotros. De esta manera, cuando Platón escribe sus diálogos coloca a Sócrates como su personaje central, aquel que sabe plantear las preguntas adecuadas para que su interlocutor encuentre por inducción la verdad perdida. *Una buena pregunta, es pues, aquella que ayuda a parir.*

Platón da a luz sus ideas a través de un género maravillosamente potente en filosofía y belleza literaria. En sus diálogos hace de la conversación una vía privilegiada de conocimiento que implica la necesidad de un vínculo para hacer del pensar un acto fecundo. El diálogo es la forma que utiliza Platón para transmitir una filosofía que confronte puntos de vista diferentes, aceptando las tensiones y diferencias, para llegar a un pensamiento compartido y revelador. El diálogo como transmisión es un ejemplo de aquello que se puede lograr cuando salimos del encierro para poner nuestros puntos de vista frente a un otro. Claro que, para que esto sea posible, es necesario tolerar la tensión propia del diálogo.

De la misma manera como se construye el diálogo con otra persona también se puede construir al interior de uno mismo, en el encuentro con las propias sombras. Pensar es dialogar:

“Para mí, el pensar es una especie de discurso que desarrolla el alma en sí misma acerca de las cosas que examina... Así se me aparece el alma en el acto de pensar; esto y no otra cosa es el diálogo, o las preguntas y respuestas que el alma se dirige a sí misma, unas veces afirmando y otras negando”⁵.

5. Platón, *Teeteto*.

Diálogo con un otro, diálogo con uno mismo. Reconocer dentro de uno mismo las diferencias y contradicciones y hacer de ellas un instrumento creativo. Todo esto es poner la filosofía en lo cotidiano, pues de lo que se trata es de pensar, de poder cambiar, de transformar. El diálogo es movimiento implica una salida del punto de vista rígido, para desplazarse a nuevos territorios.

Una vez más el filósofo guía al joven. El joven puede ser el gran interlocutor para un filósofo. Sin embargo ¿Por qué a veces nos cuesta tanto iniciar o mantener la conversación con un adolescente? Gran reto para la razón adulta el de tolerar semejante sacudida.

Sigamos pues, con estos dos personajes: El Filósofo y el Adolescente, una ruta que nos ayude a cuestionar la compleja problemática actual.

Taller de filosofía

Herramientas

- Piensa que el adolescente puede llevar dentro de él un filósofo que investiga y cuestiona las leyes del mundo. *Acéptalo*.
- Las preguntas indiscretas del adolescente filósofo suelen descolocar a los adultos. Esta puede ser una herramienta para flexibilizarnos y hacernos cuestionar temas olvidados.
- El adolescente no soporta no tener respuestas para los enigmas de su intensa vida. Frente a esto no le quedan más que dos caminos: o aprende el placer de filosofar o fuga hacia el gozo desmedido.
- Las preguntas insólitas del adolescente sobre la vida, obligan a los adultos a practicar la tolerancia. De no hacerlo el adolescente descalificará la cultura y los pactos sociales volviéndose o, un rebelde o, un inhibido.
- Un adolescente cuestiona asuntos enigmáticos como la vida, la muerte, el sexo, la paternidad, el paso del tiempo, la libertad, las leyes. De estas cuestiones puede nacer la filosofía.

Objetivos

- Lograr que el adolescente haga de la actividad filosófica una aliada que lo lleve a pensar e investigar el mundo en que vive. Así se salva de la fuga al puro sin-sentido y de las actuaciones destructivas.
- Que el proceso crítico por el que transita el adolescente se convierta en un estímulo para que padre e hijos practiquen la tolerancia.
- Conseguir el diálogo con los adolescentes, aunque este sea duro, un poco distorsionado y no se lleguen a acuerdos claros. El sólo hecho de dialogar crea un espacio para la aceptación de las diferencias.

Técnica

- Estimular la curiosidad del adolescente hacia la vida y sus enigmas a través de buenos libros, cine, frases inteligentes que se suelten como jugando.
- Ser muy lúdicos en la transmisión de la cultura. No se debe asociar filosofía con aburrimiento, sino con aventura.
- Tener siempre presente una dosis de *asombro* ante la vida para que este nunca decaiga, pues es el motor de la investigación y el arte.
- Darle mucha importancia a las preguntas de los adolescentes que puedan llevar a filosofar. Como las que tienen que ver con el amor, la vida, la muerte, el destino, la violencia, la justicia, etc.

Adolescencia y posmodernidad

“El término medio es siempre el medio entre dos vicios, uno por exceso y otro por defecto, y lo es también en las acciones y pasiones por sobrepasar, en un caso, el justo límite y en el otro caso, por no llegar a este justo límite, mientras que la virtud encuentra y elige siempre el término medio”. [Aristóteles]

Para entrar de lleno a la problemática actual de los adolescentes es fundamental saber cuáles son los códigos sociales y culturales en medio de los que los chicos están creciendo y configurando su forma de ver la vida. A la hora de poner las reglas y establecer los límites es necesario repensar la manera como se entiende la familia, los roles sexuales, la política y el sistema de valores actualmente. Estos códigos se entrelazan como una red que nos sujeta [por eso el nombre: sujeto]. Los mecanismos a través de los cuales el adolescente construye una identidad irán variando en función a la cultura que lo rodea y las maneras que ésta le brinda para contener sus impulsos.

Como bien vemos en Aristóteles, la problemática de establecer límites es la base para una vida virtuosa. Pienso que este punto tiene que ser repensado ya que estamos atravesando un momento en el que:

- Los límites se presentan esfumados,
- Los ejes tradicionales han caído y
- El establecimiento de nuevos códigos y reglas es algo que necesitan urgentemente nuestros jóvenes.

No se trata aquí de colocarnos en la melancolía del pasado, no se trata de satanizar aquello que, por ser nuevo, todavía no tiene nombre claro y amenaza por su

inestabilidad. Se trata de poder asumir el tiempo que nos toca vivir, de saber que no tenemos nombres heredados para poder llamar a los nuevos acontecimientos que irrumpen vertiginosamente.

Tenemos por lo tanto que aprender a nombrar.

Nombrar, en medio de la incertidumbre, estas nuevas constelaciones vinculares, sociales y políticas. En estos *nuevos tiempos en los que los nombres no son obra de la herencia, sino de lo que uno hace*¹ la fuerza de la tradición se debilita, el estilo de vida basado en una genealogía sedentaria que pasa de generación en generación a dado paso a una multiplicación de códigos, idiomas, mundos que confrontan nuestras tradiciones y nos colocan en una posición nómada en la que el desarraigo empuja a la necesidad de nombrar ganando terreno a lo impensable. Para esta travesía, la reflexión filosófica se adentra en lo que cada época trae como pregunta, cuestionando y salvaguardando al ser humano en su dignidad ética. Ante la velocidad de las cosas que suceden sin que casi podamos darnos cuenta, la filosofía aparece como:

El “arte de formar, de inventar, de fabricar conceptos”² que nos sirvan de timón en estos mares turbulentos.

Como vimos antes, estos tiempos traen un déficit en la capacidad de nombrar y reflexionar sobre las cosas que pasan, pues estas suceden no sólo con una velocidad sorprendente, sino que surgen a contrapelo de los códigos que normaban la sociedad tradicional. El mundo contemporáneo, postindustrial, tecnificado y globalizado, llamado por muchos “posmodernidad”, es el escenario en donde el adolescente despliega sus vicisitudes, el escenario en donde representa su cuerpo, sus amores e ilusiones. Este escenario pide pues, que seamos activos guionistas.

La posmodernidad representa una visión del mundo en la cual los referentes clásicos de familia, sociedad, saber, sujeto, ley, género, etc., han tenido una revuelta importante. La irrupción desenfrenada de la tecnología, junto con la globalización,

1. Marinas, José-Miguel; *Los nombres del Quijote*.

2. Deleuze y Guattari; *Qué es la filosofía*.

el consumo, el avance de la ciencia y los complejos modelos de la actual física cuántica, han ido despojando al “centrado” sujeto de la modernidad, de sus ejes referenciales más obvios, como la familia, el género, la sexualidad, la reproducción, el tiempo y la distancia.

Pienso que la crisis en la institución familiar y religiosa, la caída del modelo patriarcal, la irrupción de la tecnología en el cotidiano, los avances en las ciencias en relación al tema de la fertilidad, la clonación, entre otras cosas, hacen que el universo simbólico en el que hablamos a los jóvenes sea tremendamente peculiar y sorprendentemente incierto. No es raro por lo tanto encontrarnos sin argumentos, sin palabras, frente a los problemas que aquejan a los chicos, pues, además de que en sí misma la adolescencia trastoca nuestras bases, tenemos ahora el acontecimiento de un cambio de orden social radical.

Frente a esto, nos toca dejar de lado los prejuicios y las melancolías y adentrarnos a estos mares que exigen de nosotros la capacidad de otorgar nuevos nombres y de descubrir qué es lo que ahora funciona como eje y, cómo este eje estructura un mundo que en muchos aspectos ha sido desmontado.

La pregunta que yo trabajo para profundizar en este tema es:

¿Cuáles son las prácticas llevadas a cabo hoy por los adolescentes para delinear su singularidad?

Para responder a esta pregunta hay que hacer un pequeño análisis de los signos que caracterizan al adolescente contemporáneo.

Semiótica de la adolescencia

Lucía es una chica que nació por medio de la reproducción asistida, una fecundación in vitro realizó aquello que la unión erótica de sus padres no consiguió: el advenimiento de una nueva vida. Llegó al mundo rodeada de amor, sus padres no escatimaron en darle todo lo que precisara. Como la mayoría de niños, Lucía, desarrolló habilidades con los ordenadores, aprendió a leer, conoció el mundo animal, los colores y los planetas a través de una pantalla luminosa. Su primera mascota fue virtual y sus abuelos, que vivían en otro continente, hablaban con ella a través de una cámara web.

Me detengo aquí para analizar aquello que atraviesa la vida de un ser humano que nace en estos tiempos, aquello que despierta sus primeras sensaciones y sus primeros asombros.

Según Foucault, los sujetos nos constituimos a partir de las prácticas sociales que nos toca vivir y de los discursos que acompañan a estas prácticas. Lucía, en este sentido, representa al común de los chicos en el mundo contemporáneo. Desde el momento de su procreación es rodeada por un universo marcado por la ciencia, las tecnologías, los vínculos virtuales. Por eso me parece importante pensar en lo que pueden representar estos primeros vínculos, para ir mostrando claves para la comprensión del adolescente de nuestros tiempos.

Primero que nada, el nacimiento ya no está ligado necesariamente a la relación sexual, con lo cual, a la manera bíblica, un niño puede venir al mundo sin encuentro sexual.

Las formas de erotismo han proliferado, ya no tienen el eje en el encuentro genital masculino-femenino únicamente, los roles de género y las posiciones sexuales tienen un lugar mucho más plástico, moldeable e inestable. A través de los medios y de Internet el sujeto vive una suerte de multiplicación de la identidad, viajando en un abrir y cerrar de ordenador a otros lugares y a otros tiempos, llevando su imagen, en un juego de espejos, a miles de pantallas del planeta con sólo poner su video en la web. Por otro lado, las calles de una ciudad cualquiera están repletas de anuncios que muestran las mil formas de gozar; la música y el baile salieron de la lógica binaria [es decir, en pareja] hacia una proliferación de signos: desde el autoerotismo del baile con uno mismo, hasta la masa entera fusionada electrónicamente.

¿Qué hacer con niños como Lucía?

En casos como los de Lucía hay que poner mucho esfuerzo en otorgarle a sus vivencias, a sus encuentros y vínculos, la sensualidad y la poesía que, ni el médico al fertilizar, ni las tecnologías que la rodean pueden darle. Las palabras dichas y el contacto con la piel no pueden ser manipuladas como cosas, de la misma manera que una video conferencia con alguien querido puede acompañarse de un detalle que le dé el tono cálido y la huella de realidad, como por ejemplo enviar

unos chocolates o un dibujo que se realice con tiempo y cariño.

Los niños, por más que sean concebidos artificialmente, no pueden, bajo ningún concepto, ser tratados como productos en serie. Al nacer entran en el universo del deseo de sus padres, son envueltos por la mirada, las palabras y el tacto. Esta envoltura es única en cada ser humano y está marcada por una historia inédita. Por lo tanto el problema que hay que indagar es: esta propuesta de estandarización de la sociedad, en el sentido de hacer de la globalización una forma de tenernos a todos uniformados y controlados. Chicos programados, artefactos perfectos, familias confortables, culto a la perfección. Pienso que la normalidad llevada al extremo deviene la patología actual. Aunque suene un poco extraño lo que propongo, les pido detenerse a reflexionar este asunto con detenimiento y pensar ¿cuánto se pueden anular las características personales y los síntomas peculiares con una cómoda pastilla, con el exceso de tecnología o con el consumo? La “*normopatía*” es la manera como Elizabeth Roudinesco llama a este nuevo síntoma social que rinde culto a la perfección [química, tecnológica, etc.] que pone al ser humano del lado del Robot.

El adolescente contemporáneo está inmerso en un mundo altamente tecnificado, rodeado por máquinas, objetos, mercancía, anuncios. Se imaginan configurar una identidad frente a miles de paneles que ofrecen “¡comprar ya!” algún paraíso en oferta. Hoy, aparentemente, todo se encuentra en el mercado y, sin embargo, en una increíble pirueta existencial, el objeto que ayer hacía brotar luces multicolores de los ojos de cualquiera, mañana es sólo un desecho. Esta es una sociedad que fabrica desechos y, la satisfacción es cosa de un instante. Por lo tanto, la relación que tiene el adolescente con la temporalidad es llamativa. Al cambio acelerado de su cuerpo, emociones, sexualidad se le agrega la rapidez que el mundo le exige: estudios, diversión, sensaciones.

Y digo que el mundo le exige, pues muchas cosas que aparentan dar felicidad encierran un mandato. Es la trampa, la máscara que intenta imponer una manera globalizada de ser feliz, un totalitarismo del gozo, un imperativo de sentir, sentirlo todo a como de lugar... pues al final, siempre hay un éxtasis sintético que poder comprar.

El orden simbólico se tambalea al no dejar que la psique abra un lugar para el deseo a través del tiempo de la espera. La velocidad no ayuda a elaborar las miles de sensaciones incorporadas. La inmediatez de las adquisiciones: las compras por Internet, los amigos y mundos virtuales [existen en Internet varios mundos que

ofrecen una segunda vida paralela, en la cual se tiene una identidad hecha a la medida [una casa, un trabajo, etc.], la información, el conocimiento, todo está al alcance de la mano en una familiaridad que de pronto descubre su cara de extrañeza, y nos encontramos con que esto tan cercano se aleja y cae en el pozo negro de aquello que nunca fue interiorizado y alojado en nosotros.

“Todos los pozos profundos son lentos en sus experiencias. Necesitan mucho tiempo para saber qué fue lo que cayó en su fondo”³.

Sin ese tiempo, el pozo es sólo un pozo, sin fondo y sin nada que pueda caer en él, salvo el sujeto mismo, disuelto, tragado por la nada. Pienso que es esta nada, justamente, la que se presenta como problema central del adolescente contemporáneo. El vacío en el que se sumerge lo lleva a negar la dimensión temporal de la vida. Pues cuando la rapidez de las ofertas del mercado cae sobre el alma de un jovencito en transformación, el efecto obnubilante es inmenso ya que se suma a la normal rebeldía del adolescente frente al tiempo. La rebeldía frente al tiempo se expresa, por ejemplo, cuando los chicos invierten el reloj durmiendo de día y estando despiertos de noche, así afirman su apatía por el trabajo y las reglas o haciendo una apología al exceso sensitivo. Esta re-vuelta del reloj es un acto natural en el intento del adolescente de confrontar la ley [representada por el tiempo] y los límites que anuncian que estamos marcados inevitablemente por el devenir y por el hecho de que todo ha de terminar.

Para colocarse al margen de la temporalidad, uno de los intentos más comunes y más dramáticos es la utilización de drogas que tienen como fin irse a un “fuera del tiempo”. Cuando el reloj vuelve a su eje, regresa con él la angustia que se intentó evadir y, esta vez, la sensación de exclusión del mundo es mucho más violenta para el adolescente. Es pues una tarea ardua el asumir el dolor del paso del tiempo, sin embargo, si esta tarea se logra, encontraremos que la aceptación de la temporalidad se traduce en la posibilidad de esperar y, por lo tanto, de que el deseo verdadero brote. El intervalo que separa el diseño de un proyecto con el llevarlo a cabo permite que el ser humano sostenga su deseo y pueda tener una vida consistente y no una fugaz ráfaga impulsiva.

El tiempo es aquello que no controlamos, pero que en su devenir nos va labran-

3. Nietzsche, F.; *Así habló Zaratustra*.

do. Somos tiempo, somos historia. El hecho mismo de narrarnos, de contar nuestros problemas a alguien, es estar colocados en la línea del tiempo. El lenguaje es tiempo, y aquí se evidencia uno de los acontecimientos más fuertes del mundo contemporáneo, la conocida frase “una imagen vale más que mil palabras” representa la ideología de la negación del tiempo y la pobreza del lenguaje simbólico, pues se piensa que el tiempo que demora hablar se puede ahorrar con una sola imagen. El tiempo se pierde, siempre nos muestra que algo se pierde, que algo acaba, la imagen sin embargo se congela. El tiempo nos hace saber que somos mortales, asunto que el narcisismo contemporáneo prefiere “no ver”.

Sobre el tiempo dice Borges:

*“El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego: El mundo, desgraciadamente es real, yo desgraciadamente, soy Borges”.*⁴

La familia posmoderna

Los parámetros de la familia tradicional han estallado. Los trazos familiares ahora se abren en multitud de mapas sin responder a un patrón homogéneo, la “familia tipo”: mamá, papá, hijos, todos bajo el mismo techo, ha entrado en crisis dejando lugar a nuevas maneras de establecer los lazos familiares: familias homoparentales, monoparentales, familias ensambladas en donde se reúnen hijos de otras relaciones, inseminación artificial con dador de esperma, etc. Hacen que las formas y las costumbres varíen tremendamente, presentando una plasticidad muy interesante pues, romper con una tradición basada en lo heredado, requiere de tolerancia, inventiva y reformulación de nuevas reglas.

El ideal de la familia tradicional se sostenía en lo que Anthony Giddens llama “el amor romántico” en el cual el hombre asume el rol de proveedor y la mujer el de la crianza de los hijos y estabilidad emocional del hogar, quedándose muchas

4. Borges, José Luis; *Otras inquisiciones*.

veces sometida a esto. El amor romántico tradicional se apoya en una legitimación matrimonial con promesa de: “para siempre”, con lo cual el proyecto familiar se siente garantizado y la sociabilidad de cada miembro de la familia tiene como punto de partida un núcleo familiar fijo.

En la actualidad los vínculos se establecen de maneras totalmente móviles, esto exige un compromiso diario, pues no hay nada asegurado. Hombres y mujeres se relacionan de manera más democrática y los roles se establecen según acuerdos particulares y no siguiendo un modelo fijo.

Los niños que crecen en familias así, establecen desde el inicio relaciones más abiertas, muchas veces crecen junto a hijos de otras relaciones los cuales pueden ser de distintas generaciones. La sociabilización es mucho más temprana [en guarderías, jardín de infantes, colegios] debido al cambio del rol de la mujer en la vida pública y el trabajo. Todo esto crea un escenario abierto, plural, que exige una importante capacidad inventiva y el constante diálogo entre los miembros de la familia, ya que los ejes que otorgaban parámetros han hecho crisis.

Frente a este escenario pongamos el lente en la adolescencia: sabemos que los adolescentes necesitan figuras con las cuales identificarse para ir [re]construyendo la estructura de su identidad, necesitan también de límites claros que regulen su constante búsqueda de transgresiones. La figura paterna representa esa ley que funciona como eje [evidentemente la figura paterna es una metáfora que no tiene que aludir necesariamente a la biología]. El lugar del padre lo ocupa aquel que cumple un rol de mediador entre el niño y la madre. El lugar de la madre representa la simbiosis, la fusión con alguien que ocupa el lugar del universo entero. Si no se corta esta fusión, el niño nunca accederá a la cultura pues no sentirá ninguna necesidad de acudir a terceros. Cuando hablo de padre y madre, me refiero a posiciones que, como dije, no tienen que estar relacionadas con la biología, y pueden ser llevadas a cabo por una sola persona en la medida que esta le enseñe al niño que hay un mundo y que necesitamos de él.

Entonces es necesario preguntarse sobre ¿Cuáles son las herramientas de estas nuevas familias para brindarle el entorno necesario al adolescente? y ¿de qué manera brindarle símbolos y reglas claras?

Primero que nada lo que es fundamental es:

- Mantener ese lugar que representa la ley y salvaguardar un orden simbólico que preserve el lazo familiar.
- Priorizar el lenguaje en tanto es el lugar de lo simbólico. Al abrirse los chicos a un mundo mucho más plural [en donde no se puede dar por sentado que el amigo o el vecino comparta las mismas costumbres, ni tenga una familia constituida al igual que la suya] están más necesitados de diálogo, de palabras que le den sentido a aquello que es vivido como extraño y que no tiene representación simbólica en su mente.

Así pues, *la representación del “estar en familia” se ha transformado*, la función de la familia que residía en establecer lazos estables y contener la sexualidad, se ha trastocado dejando lugar a vínculos abiertos y sexualidades movibles, que pueden traer o no como meta la procreación. Frente a la caída de este ideal tradicional aparecen nuevos: como los proyectos compartidos, la defensa del deseo frente a los mandatos sociales, la búsqueda de placer [a veces inmediato] dejando en segundo plano el compromiso.

Estos nuevos ideales pueden llevarse de manera creativa y democrática, constituyendo sujetos más libres o, pueden fracasar al caer en el abismo del puro hedonismo. Este fracaso en la creación de nuevos mapas surge por el abandono de cualquier tipo de eje simbólico, por perder la posibilidad de poner en palabras las nuevas vivencias. Una familia a la deriva deja al adolescente abandonado en su sexualidad, en su proyecto existencial y sus referentes más básicos para construir una identidad.

Dejar al adolescente en un mundo en el cual los acontecimientos van a una velocidad mayor que su capacidad de elaboración, no brindarle palabras y con ellas contención y límites para anclarse en la realidad, es llevarlo al desplome subjetivo.

¿Ese que está en la pantalla soy yo?

Santiago es un chico de 15 años, en su familia tradicional se rinde un gran homenaje al honor y la justicia. Su padre es una figura pública debido a la importante labor en la política de su país. Su madre es abnegada y “sólo tiene ojos” para su marido e hijos [Santiago de 15 y Karina de 9].

Los padres llevan a Santiago a mi consulta ante un hecho francamente aterrador, un intento de suicidio mediatizado.

Santiago es un chico tímido, con tendencia al aislamiento y muy reservado. Sus padres andaban preocupados al verlo pasar largas horas en el ordenador, sin embargo sus notas buenas y su aparente tranquilidad no les daban motivos para una preocupación excesiva. Mientras el orden familiar clásico marchaba aparentemente sin tachas, Santiago, en paralelo, iba planeando silenciosamente un gran espectáculo que se inició con un anuncio por Internet que decía: “El sábado 2 podrán ver cómo me mato” y daba la dirección de un blog personal. Con unos días de anticipación colgó este aviso en varias páginas web “programando” la cita. Cuando llegó el sábado, Santiago encendió su ordenador, tomó una navaja y delante de la cámara se cortó las dos muñecas y se tumbó en la cama [perfectamente ubicada frente al lente observador] para poner al aire su sangre y el lento acercamiento de la muerte.

El acto se interrumpió gracias a que una chica de otro país que conocía a Santiago, llamó a un amigo común el cual se comunicó con los padres y estos lograron llegar a la casa y poner fin a la escena.

Esta historia representa el drama que viven muchos adolescentes en relación a la búsqueda de un lugar en el mundo, y la tremenda paradoja de adquirir una “imagen” a costa de dar la vida. Santiago muestra cómo su identidad y su vida dependen de una pantalla y, frente a la ausencia de palabras, de diálogo, de símbolos, la imagen es lo único que posee para reafirmarse. La mirada de miles de personas conectadas en tiempo “real”, los millones de ojos globalizados están ahí para que Santiago experimente un reconocimiento que, en la virtualización de lo real, intentará capturar, controlar y poseer coagulando su imagen en la muerte.

Empezar terapia con Santiago trae el inmenso reto de articular la imagen con la palabra, pues es un chico que lleva a cabo el mandato posmoderno de:

“mirar, mirar, mirar”, hasta sus últimas consecuencias. Los ojos se fusionan con las cosas, los ojos se vacían hipnotizados, la subjetividad es tragada por esa mirada que pretende cubrirlo todo. La mirada, cuando busca anular el orden del discurso simbólico, cuando pretende hacer obsoleta la palabra, se vuelve totalitaria y sometidora. Nos vende un paraíso, a la manera de las drogas, y como ellas, nos arrebató la libertad al no poder tomar distancia de las cosas y reflexionar.

El mundo contemporáneo es un mundo que prioriza la mirada y que pretende exponer la realidad con toda su crudeza a los ojos de todos. Así, la línea que separa lo íntimo de lo público es cada vez más borrosa y confusa. Todo es mostrado, todo queda ante los ojos mientras que los mecanismos de control son cada vez más agobiantes: cámaras de vigilancia en cada esquina, aeropuertos paranoides, parecen decir constantemente: “te estamos viendo, te estamos viendo” ¿no será que al adolescente no le queda otro “escape” que disfrutar inconscientemente de esta mirada omnipresente?

Estamos pues viviendo en la sociedad que Guy Debord llamó “del espectáculo”, en ella les toca a los adolescentes actuales construir un lugar propio y una identidad. Nos encontramos ante importantes riesgos.

Debord dice:

“La alienación del espectador en beneficio del objeto contemplado [que es el resultado de su propia actividad inconsciente] se expresa así: cuanto más contempla menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo respecto del hombre activo se manifiesta en que sus propios gestos ya no son suyos, sino de otro que lo representa. Por eso el espectador no encuentra su lugar en ninguna parte, porque el espectáculo está en todas”⁵.

Quedarse en la contemplación coloca al adolescente en una posición tan pasiva que pierde las herramientas para poder habitar su propio deseo y su propio lugar existencial. Una de las herramientas del adolescente es la rebeldía, esta posición,

5. Debord, Guy; *La sociedad del espectáculo*.

cuando es creativa y cuando se encuentra con límites que los padres [o quienes cumplan esa función] le coloquen, va estructurando a los chicos en un entrar y salir de la ley. Pero para que esta rebeldía cumpla su función, tiene que existir un contexto que sostenga y limite. Contexto que es familiar, social y textual [por algo se llama contexto] es decir que:

A los actos rebeldes hay que contornearlos con textos, palabras, poesía.

Santiago vivía a la sombra de un padre mirado como héroe por toda la sociedad, figura admirada y pública, aparecía constantemente en los medios debido a su contribución para que no haya más “derramamiento de sangre”. Tremenda paradoja, pues la sangre regresó al interior de la familia, con un hijo que al no poder llegar a ser héroe, se coloca en la antítesis para alcanzar la fama como antihéroe mediático, subvirtiendo el lugar del padre. Santiago no logró hacer una rebelión creativa y abierta frente al padre, no tuvo el espacio para declarar la guerra y vivir una reconstrucción de su identidad separada del modelo paterno. Al no lograrlo, fue lanzado por su propio inconsciente, a la puesta en acto más cruda y radical que pudiera hacer. Todos los elementos confabularon: un padre héroe que, por tan ideal es inalcanzable y la sociedad que ordena estar en la mira... sangre e imagen para este antihéroe que no podía pensar.

Taller de filosofía

Herramientas

- Hacer intervalos y espacios entre la aparición de las ganas de algo y su satisfacción
- Pensar que la sociedad posmoderna puede facilitar la tendencia del adolescente a romper los límites y transitar hacia gozos excesivos.
- Si los límites actuales se esfuman. Es tiempo de crear nuevos.
- No hay que olvidar que los sujetos nos constituimos a través de las prácticas sociales. El problema surge cuando el adolescente prefiere conversar con una máquina [ordenador] que con otro ser humano.
- Hay que saber que la droga es la forma como el joven niega el paso del tiempo en un placer químico atemporal.
- La revuelta del adolescente contemporáneo puede convertirse en una herramienta para la creación de una nueva estructura creada por ellos con creatividad y límites.

Piensa en esto:

Por un lado hay una tendencia social de estandarización de las personas, programándolas, hipnotizándolas; y por otro el modelo clásico familiar se ha roto, ya no hay parámetros fijos y cada uno tiene que construir su propio modelo. Es decir, hay un espacio de libertad pero a veces carencia de herramientas para hacernos cargo de ella. Por lo tanto la incertidumbre de lo nuevo se tapa con las certezas tecnológicas.

Objetivos

- Construir junto con los adolescentes códigos nuevos que le permitan sostener sus impulsos.
- Instalar una distancia crítica y reflexiva frente a las tecnologías, el poder de las máquinas, los videos juegos, los ordenadores, etc.
- Trabajar el adecuado manejo del tiempo sin caer, ni en la apatía, ni en la velocidad compulsiva de los actos.

Técnica

- Repensar el tema del éxito y fracaso. Muchas veces se vende la idea de que el éxito se mide por las adquisiciones materiales.
- ¿Cómo te sientes tú frente a los cambios? ¿estás arraigado a lo antiguo? O ¿corres persiguiendo los ideales nuevos?
- Los cambios se van procesando cuando se acepta la pérdida de lo pasado [trabajando el duelo] y asumiendo el miedo a lo incierto.
- Para trabajar el duelo no tapes la tristeza, dale un espacio, escribe tus sueños y escucha los sueños de los adolescentes. No intentes tapar lo perdido inmediatamente con algo. Eso perdido deja una huella que luego puede acompañar y nutrir.
- Trabajar las experiencias de vínculos perdidos que dejaron una huella y preguntarse ¿cómo es esta huella?, ¿qué lugar le doy?, ¿cómo me acompaña?
- Si estás junto con un adolescente y aparecen incógnitas ante lo nuevo en su vida y en la sociedad, proponle que las escriba y junto con ellas plasme sus sentimientos.
- Procesa junto con los chicos la toma de posición frente a la droga y los placeres químicos inmediatos. Genera las preguntas: ¿qué está tapando la droga? y ¿en qué se diferencia la excitación química de la droga y la excitación del amor?

El pensamiento y sus vicisitudes

Siempre sucede lo mismo, a la salida del cine ella emocionada lo busca con palabras, él prefiere jugar con una piedra que encuentre en el camino, buscar a sus amigos, tiene cosquilleos en las piernas y ganas de correr.

- *Qué fuerte, es que no puedo entender por qué se tuvo que ir, si todo iba bien, o ¿será que le mentía? Pero es que esa frase que le dijo me pareció tan profunda... ¿será que eso siempre pasa cuando la gente se enamora? ¿qué es el amor?*
- *Ya Carolina no pienses tanto, que pesada tía, ¿no te cansas? Hay que hacer cosas divertidas que para pensar ya mañana tengo el cole.*

A Carolina la sangre se le sube a la cabeza, le aprieta el pecho...

- *Es que contigo nunca puedo conversar, qué aburrido eres, no tienes tema, ¿Cuándo vas a crecer? Si esto no es una tarea, si sólo es hablar, que la peli me ha movido mucho ¿no crees que ese chaval es un poco como tú?*
- *No, yo creo que es un buen actor, que ha ganado mucha pasta y que ahora la debe estar pasando genial en alguna isla privada en el Caribe. ¿Quieres un helado?*

Gonzalo la mira y ella se derrite por sus ojazos caramelo. Él no quiere hablar, sólo abrazarla mucho y olvidarse que mañana tiene un examen y que no ha estudiado. Ella quiere hablar y olvidarse del vacío en el pecho.

¡Un helado de chocolate, ahí sí se puede coincidir!

Pensar, pensar... ¿Qué significa pensar?

Evidentemente para Carolina y Gonzalo pensar no significa lo mismo, para él pensar es un trabajo pesado, por lo tanto aburre y complica. Para ella pensar es una manera de tapar ese agujero en su pecho, pero a veces, sólo consigue marearse con sus propios pensamientos y hundirse en esa caída circular, que no lleva a nada.

—Se te está derritiendo el helado, hey, ¿qué te pasa?

Carolina lo mira como quien regresa de un laberinto.

—¿Qué te pasa?— repite Gonzalo.

—No sé, de pronto todo me pesa.

Gonzalo se levanta de su silla, se pone atrás de ella, la rodea con los brazos y hace el gesto de cargarla. Le roba el helado y ríe.

—Eso te pasa por complicarte, no te puedes tomar todo tan en serio.

—Tú no entiendes nada, es como un vacío... ¿qué me pasa? No tengo palabras, sólo un dolor en el pecho y ganas de llorar, cómo quisiera que alguien me diga qué es esto.

Gonzalo y Carolina nos muestran cuán difícil es hacer del pensamiento algo que acompañe. Él simplemente evade pensar [como si esto fuera posible] porque pensar está asociado con las tareas y con las responsabilidades. Ella necesita entenderse e intuye que su vacío puede calmarse si logra que su pensamiento le abra caminos, pero, en el intento, cae y cae. Carolina no entiende su vida e intenta controlar lo desconocido con una actividad mental excesiva, este pensamiento controlador se torna denso, repetitivo y doloroso, no llega a nada y esto la hunde más.

Gonzalo huye del control que siente sobre él, huye buscando sensaciones, pero, huye tanto, que su vida se basa en una carrera evasiva en donde conectarse íntimamente con él y con los demás resulta amenazante. Carolina por el contrario, necesita controlarlo todo, no pudiéndose entregar a la aventura y al juego con mayor soltura.

Nuestros dos jovencitos viven la actividad de pensar desde un modelo basado en el dolor y el esfuerzo, han perdido ese pensamiento creativo y liberador al que intentaré regresar a partir de Nietzsche. Para este filósofo hay dos maneras de

relacionarse con el pensamiento: o como una carga, o como una danza. Así, dice Nietzsche, algunos conciben el pensar:

*“Como algo lento, vacilante, casi como una fatiga, y, con bastante frecuencia, como ‘digno del sudor de los nobles’ –¡pero no, en modo alguno, como algo ligero, divino, estrechamente afín al baile, a la petulancia!”*¹.

A la división que sienten Carolina y Gonzalo entre pensar y vivir se le aúna la consigna social de que para divertirse es preciso no pensar. En el imaginario actual pensar está asociado al trabajo, por lo tanto a la producción y a los intereses del mercado. El pensar se promueve a condición de que se genere un pensamiento consumible y “eficaz”, un pensamiento avalado por algún título universitario comprobante y medible, en la carrera violenta hacia ningún lugar. El adolescente frente a esto siente que reflexionar es parte de un sistema coactivo, por lo tanto puede suceder que ante la necesidad de escape y sin los recursos para elaborar una crítica creativa, sienta que pensar es, o un trabajo pesado o, un terreno peligroso porque, como le sucede a Carolina, al tener el pensamiento bloqueado y fijo alrededor de un vacío, entra en un círculo vicioso nada fértil que va llevando a más y más vacío.

Por otro lado la vida de los pensadores es a veces colocada como una vida aburrida y estéril: “¿estudiar filosofía?”, me decía un pariente lejano, “¿y de qué vas a vivir?”, “pues voy a vivir de la vida”, le contesté.

Sobre la vida de los pensadores Nietzsche dice:

*“Hay vidas cuyas dificultades rozan el prodigio; son las vidas de los pensadores. Y hay que prestar atención a los que nos cuentan a este respecto, porque se descubren posibilidades de vida, cuyo único relato nos proporciona alegría y fuerza, y esparce luz sobre la vida de sus sucesores. Allí se encierra tanta invención, reflexión, osadía, desespero y desesperanza como en los viajes de exploración de los grandes navegantes; y, a decir verdad, son también viajes de exploración por los dominios más alejados y peligrosos de la vida”*².

1. Nietzsche, *Mas allá del bien y del mal*.

2. Nietzsche, F.; en: Deleuze; Gilles: *Nietzsche y la filosofía*.

El pensamiento es un viaje que es importante poder realizar sin esa “guía turística” que ya anticipa qué calles, catedrales, museos y tiendas de souvenir vamos a encontrar. Un “pensamiento-viaje” que es la aventura de lo nuevo, el placer de poder crear caminos trazando mapas y límites auténticos. Esta es la perspectiva que no hay que perder, pues, pienso que cada vez más el viajar tanto como la educación son objetos de compra y venta y no formas que tiene el ser humano de inventarse y reencontrarse cada día.

Un espacio para pensar en la era de la hiper información

Acumula, acumula, acumula...

Conocimiento, historia, música, datos. Se trata de “tener”, es decir de “poder”. En estos tiempos el que tiene la información es el que maneja el poder, basta con ver el despliegue periodístico y la voracidad por la noticia. Una imagen ha llegado a valer tanto que un fotógrafo de prensa está dispuesto a perder su vida u obviar el valor de la vida de otro, por ese clic que capture una imagen que, al instante siguiente, estará dando la vuelta al mundo.

La extraordinaria pensadora norteamericana Susan Sontag dice:

“Parte del horror de las proezas del fotoperiodismo contemporáneo tan memorables como las fotos de un bonzo vietnamita tomando la lata de gasolina y un guerrillero bengalí atravesando con la bayoneta a un colaboracionista maniatado proviene de percibir hasta qué punto se ha vuelto plausible, en situaciones donde el fotógrafo debe optar entre una fotografía y una vida, opta por la fotografía”... “Tomar una fotografía es tener interés en las cosas tal como están, en un statu quo inmutable [al menos por el tiempo que lleva conseguir una ‘buena’ imagen], ser cómplice de cualquier cosa que vuelva algo interesante digno de fotografiarse, incluyendo, cuando ese es el interés, el dolor o el infortunio del otro”³.

3. Sontag, Susan; *Sobre la fotografía*.

Acumula, acumula, acumula... información.

Cuál es el resultado de la fórmula: ¿Información sin reflexión? La información irrumpe por todos los intersticios del día a día, volviéndose imprescindible, prometiendo poder y control, tratando de tapar los vacíos de sentido que todo ser humano tiene [que si son aceptados nos empujan a crear] como si estar informado fuera lo mismo que reflexionar. Esta equiparación ¿no podría crear una suerte de impostura en la personalidad, de acartonamiento y rigidez mental? Ciertamente es un tema delicado, que junto con otros factores, puede generar que los adolescentes construyan una imagen de sí mismos falsa, apareciendo “como si” pensarán, cuando en realidad están poniendo en marcha un software instalado. Además de esto, la acumulación de información puede llenarnos a la manera de la bulimia, ya que algo que no puede interiorizarse termina siendo arrojado dejando más frágil la subjetividad. Al ser imposible elaborar todo este exceso de información cada vez se acumula más sinsentido, y este es como una imagen congelada, que sólo sabe caer, como una piedra en la mente si es que esta ya no puede pensar.

Me parece importante tomar en cuenta estos asuntos a la hora de ayudar a los adolescentes a asumir sus decisiones profesionales para darle cabida a eso, cada vez más escaso, que es el verdadero amor por lo que se estudia.

Gonzalo está hastiado, tiene tareas pendientes y un examen de historia del arte al día siguiente. Su cuerpo se desploma sobre la cama y sólo puede pensar en Carolina. Tiene que ir el próximo año a la universidad, tiene que ser tan exitoso como su padre, le pesa la enorme expectativa de su madre y sólo quiere correr y correr mientras su cuerpo sigue hundido en la cama.

—Carolina, ¿vamos a ver el mar?

—¿El mar? Nunca lo he visto... ¡vamos! Pero... mmmmm estoy sola en casa con mi hermanito y tú tienes un examen mañana ¿nos escapamos en vacaciones? —le contesta ella con una sonrisa.

—Gonzalo hace una pausa, cambia de tono abruptamente y dice: ¿tú crees que sirvo para la universidad? Ni siquiera sé si me gusta el periodismo, pero es lo que menos me aburre y quizá pueda trabajar como reportero de viajes... pero ¿para qué ir a la universidad? Es que es lo

más aburrido que hay, mi hermana estudia todo el día y tiene una obsesión por triunfar... que el título este, que el master en no sé dónde, que es bueno para el currículum, que le conviene hacer tal curso... bahhh. Yo, la verdad creo que no sirvo para nada.

—No digas eso —responde Carolina— yo sin ti, me muero.

¿Cómo podemos devolverle a Gonzalo las ganas de aprender? ¿Cómo explicarte Gonzalo que la universidad puede ser ese viaje que tanto anhelas, que cada libro es un océano en movimiento, abierto y profundo?

Cada vez más los adolescentes llevan la presión profesional como una competencia en donde no importa cuánto ames tu carrera, sino cuánto puedas triunfar con ella. Las empresas exigen más títulos y menos edad, y las personas usadas y exprimidas, entran al juego del éxito mientras dure el hechizo del “puesto importante”. Una vez terminado este hechizo, como dice Gonzalo: ¿se sirve para algo?

Frente a esta realidad hay que darles a los jóvenes una mirada diferente, pues este exceso informativo junto con las exigencias cada vez más voraces, amenazan despojarnos de ese sagrado sentido que tiene el saber y el pensar. Hay que ayudarles a mantener el asombro por la vida, a no colocarse nunca como objetos, a asumir responsabilidades en tanto son personas libres y no esclavos del sistema. Estudiar es una tarea ardua que sólo se sostiene cuando hay verdadero deseo, de lo contrario, puede operar una robotización del saber para aprobar cursos y ganar dinero. Pura información, tan eficaz como un ordenador con antivirus.

Taller de filosofía

Herramientas

- El pensamiento como compañía..
- No tener prejuicios cuando un adolescente nos hable de su vocación, hay que escuchar el auténtico deseo y no la necesidad de poder y de control.
- Abstenerse del exceso de información, sobre todo cuando cumple una función básicamente morbosa.

Objetivos

- Acceder a un pensamiento fecundo.
- Permitir que el deseo no sea eclipsado por el poder.

Técnica

- Dejar fluir el pensamiento y reconocer lo nuevo que en él aparezca. En relación con los adolescentes proponer conversaciones que impliquen un pensamiento ágil, no enroscado en ideas rígidas, repetitivas o demasiado detallistas.
- Cuando se llegue a un momento de la conversación con el adolescente en el que se vea que el pensamiento está siendo fluido y novedoso, señalar esas novedades dándoles el lugar y valor de inventos creados para enseñarnos y acompañarnos.
- En este taller vamos a preguntarnos lo siguiente: ¿Qué relación tengo con el poder? ¿En la casa se gira en relación al poder? Ubica qué formas de poder se juegan en la familia o colegio, por ejemplo: Omnipotencia, el no escuchar al otro, la imposición de pensamientos a los demás. Puede suceder a veces que una necesidad grande de poder lleve a que el pensamiento no sea libre, pues se cree que éste debe someterse a aquello que da poder, cómo tenerlo todo bajo control, dejando de lado [por sentirse inútil] el tema de la creatividad y el deseo.

- Buscar lugares de encuentro en donde se puedan tolerar las diferencias, como el helado de chocolate de Carolina y Gonzalo, en los que el afecto endulce los malos momentos y donde se priorice el deseo.
- Salir de casa sin planes previos y disfrutar de lo sencillo.
- Pensar es como viajar, sal a caminar y deja que cada percepción se enlace con un pensamiento diferente.

El lenguaje como lugar donde se construye la identidad

“Son las palabras las que toman una actitud, no los cuerpos; las que tejen, no los vestidos; las que brillan, no las armaduras; las que retumban, no las tormentas. Son las palabras las que sangran, no las heridas”.
[Pierre Klossowski]

El lenguaje se abre y crea mundos en los que el sentido se une con el sonido en una sinfonía que nos da vida. Siguiendo este modelo sinfónico se me ocurre pensar al adolescente como aquella pieza que surge del encuentro de notas disonantes que buscan, casi a la manera de la improvisación en el jazz, el encuentro y la fuga, la tensión y la sensualidad, todo articulado en una melodía. Letra y música componen el lenguaje y si ponemos atención podemos encontrar múltiples maneras en el que éste se articula, no sólo en el terreno del significado, sino en el tono, la cadencia, los lapsus, y el afecto puesto en aquello que se dice. Este último asunto es muy importante ya que lo que se desliza imperceptible, musicalmente, es lo que cala más hondo, pudiendo o no crear transformaciones en las personas. Pienso que es en el estilo y en el tono en donde se evidencia si la palabra va dirigida legítimamente a otra persona o se automatiza cumpliendo únicamente un rol informativo o verborreico.

Es fundamental no tomar el lenguaje como un mero código de información ya que es el latido con el que estamos hechos, como un tejido en el que se trama nuestro mundo psíquico. Que el lenguaje se desplace y llegue a construir un espacio de intercambio y afecto es algo que indica que ahí, en esas palabras habita un ser humano. Heidegger puso mucho énfasis en el lugar que tiene el lenguaje para el sujeto, dice:

“El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada. Su guarda consiste en llevar a cabo la manifestación del ser, en la medida en que, mediante su decir, ellos la llevan al lenguaje y allí la custodian”¹.

El psicoanálisis desde sus inicios planteó la “cura por la palabra” [talking cure] por lo tanto los hallazgos heideggerianos nutren esta propuesta al afirmar que el lenguaje es el espacio en donde el sujeto se construye y que *el hecho de hablar implica construir*, ahí donde no había nada, ideas y relaciones nuevas. Implica movimiento, cambio. Hablar y pensar se dan en un mismo acto, por lo tanto este lenguaje que se nos ofrece como “la casa del ser”, no tiene nada que ver con el habla perfecta [esa que es usada para vender o para adoctrinar], es mas bien un lenguaje oscilante, en él se dan lagunas, quiebros, balbuceos, en medio de los cuales el inconsciente asoma con su caudal de verdad íntima y algo nuevo puede dibujarse en el horizonte de la subjetividad.

*“Palabra, voz exacta
y sin embargo equívoca;
obscura y luminosa;
herida y fuerte: espejo;
espejo y resplandor;
resplandor y puñal,
vivo puñal amado,
ya no puñal, sí mano suave: fruto”².*

Como bien dice el poeta, la palabra que aloja al ser, es pues portadora de vida y también de dolor [no puede haber una sin el otro]. El nombrar siempre implica un esfuerzo, a través del cual, aquello violento, aquello descarnado, logra transformarse en caricia. Somos una mezcla de sentimientos, de vida y de muerte, que a través de la palabra pueden tomar forma, obra, y sostenerse articulándose en un tejido vital.

Una palabra cuando está cargada de símbolos y de afectos puede tocar zonas interiores de manera muy potente, si a esto le añadimos un estilo en el decir, una invención, una irrupción disonante, esta palabra es capaz de remover nuestra visión del mundo. No es casual que muchos poetas hayan sido parte de movi-

1. Heidegger, *Carta sobre el humanismo*.

2. Octavio Paz.

mientos revolucionarios y que, con la fuerza de sus palabras, hayan despertado conciencias y amenazado sistemas políticos dictatoriales. La poesía es una revuelta en si misma, ya que subvierte los significados y transgrede los sentidos hasta el límite en que lo absurdo engendra un nuevo camino y una nueva estética.

En la relación con los adolescentes he podido ver que *es justamente este carácter revolucionario de la poesía el que puede estar allí para lograr esa revolución que ellos tanto buscan*. Así el movimiento sexual, corporal y existencial es conducido por una articulación verbal [poética] que permite que este movimiento sea fecundo y pueda dar lugar a un sujeto bien constituido. El movimiento pues, es la vida misma, gracias a él tenemos un psiquismo y un pensamiento ¿no es acaso en el lenguaje en donde se lleva a cabo ese desplazamiento que nos vuelve humanos? Crear un discurso siempre implica esfuerzo es invención, es lanzar una palabra que engendrará otra y otra, para llegar hasta quien la reciba.

Sigamos con lo nuestro... sigo escribiendo, se desplaza este texto que busca llegar hasta ti, que lees y, en un encuentro dar a luz una nueva manera de pensar la adolescencia, la vida y lo social. La palabra sigue, es un acto de generosidad el darla y el recibirla, crea intimidad y es capaz de generar cambios muy profundos. El uso apropiado del lenguaje puede abrir un sentido hacia otros sentidos, puede hacernos salir de lo familiar para viajar por nombres nuevos, es decir, por patrias nuevas. Lejos de todo nacionalismo, el lenguaje, nos lleva siempre a esa maravillosa condición de extranjeros en la que disolvemos nuestros prejuicios y podemos recorrer nuevos códigos.

El adolescente, a la manera del Quijote, cabalga entre la locura y la realidad. Intentando transformar el orden dado, inaugurando nombres [Dulcinea, Rocinante] para esa patria nueva que es el mundo adulto, al que llegará [si todo transcurre bien] diferenciado y singular, reinventando su lugar en el mundo. Y así como el Quijote, salir del lugar establecido por lo familiar, para alzar una voz, entre el sueño y la realidad, y crearse un nombre propio:

“El caballero se tiene que inventar pues no lo es, y de esa invención vertiginosa surgen las acciones temerarias, locoides, llenas de buen corazón y de correosa encarnadura”³.

3. Marinas, Miguel; *Los Nombres del Quijote*.

Es como si el adolescente para descubrir el mundo tuviera que decir, con el Quijote, que viene de un *lugar de cuyo nombre no quiere acordarse*. Olvido necesario para forzar al psiquismo, a través del lenguaje, a crear nuevos nombres, y por ende, nuevas casas para ese ser que nace.

Y en esa travesía de palabras que pueblan de sentido los desiertos, el camino se hace vacilante, peligroso. Los nombres van y vienen, la voz titubea, como el artista que al esculpir la arcillas, pone agua en sus manos, transforma la tierra, tolera lo amorfo, amasa, rompe, reúne, hasta descubrir de pronto su obra. Así es el arte de construirse como sujetos.

Palabras plenas y palabras vacías

Hasta aquí hemos visto la importancia del lenguaje en la estructuración del pensamiento y del vínculo social, sin embargo introducimos en este tema nos lleva a preguntarnos acerca de los matices, problemas y síntomas puestos de relieve en el lenguaje. Quiero plantear la diferencia entre una palabra plena de sentido y afecto y otra vacía y plástica y, tratar de ver de qué manera estas se articulan en el discurso ya que muchas veces el exceso de palabras huecas tiñe de irrelevancia toda la dimensión del lenguaje.

La palabra vacía funciona como cosa, como protocolo, como fetiche y a diferencia de la palabra que ayuda a construir identidad, esta la desvanece colocando al sujeto en una suerte de indefinición. Esto se da así, entre otras cosas, por una *separación entre palabra y afecto*. El habla se torna mero objeto informativo, mero ruido que tapa la significación y evita la intimidad. Este es el lado utilitario del lenguaje, sin ningún valor poético, que por lo tanto desexualiza a quien habla y a quien escucha. Una persona que utiliza este lenguaje establece una retirada afectiva del mundo y se coloca en relación utilitaria con los demás.

Otra manera de vaciar el lenguaje de su valor simbólico es usarlo como desfogue, como descarga pulsional que desborda generando un placer masturbatorio. En este tipo de discurso no hay un acercamiento a la persona que escucha, sólo este monologo narcisista que goza de su exceso. Muchas veces los adolescentes usan un habla vacía para defenderse de la cercanía que los moviliza

o para resguardar un espacio propio, que sienten aun frágil, ante la avasalladora presencia del mundo y sus imperativos.

Hace unos días llegaron a consulta dos jovencitos, Claudia y Felipe, ambos con 19 años, para consultar sus problemas de pareja. Lo que más me llamó la atención fue cómo Felipe construía un discurso terriblemente confuso, defensivo y vacío para tranquilizarse ante la angustia que le producía la intimidad. Él estudia en la Universidad y trabaja en una empresa del padre. Hace un año decidió irse a vivir con su novia, para evitar que sus padres se la lleven a otra provincia. A los 8 meses de convivencia Felipe pierde el deseo de tener relaciones con ella pero no así con otras chicas. Llegan a consulta por insistencia de Claudia, quien amenazó a Felipe con dejarlo si es que no la acompañaba, aunque sea una vez, a buscar ayuda. Él sólo quiere tomar viagra y “resolver YA YA” el problema. Ella quiere que se analice a fondo la situación pues se siente poco atractiva y muy sola.

[Fragmento de sesión]

Felipe se sienta en el sofá casi desplomándose, me mira con ojos dormidos y dice: “Bueno ya sabes cómo es... Yo no quiero nada de rollitos ni nada de pensar y hablar. Yo quiero la pastillita y punto y he venido a verte para darle gusto a Claudia”.

Claudia lo mira, luego se dirige a mí con los ojos rojos y el cuerpo tenso: “no se qué está pasando, estoy muy deprimida, lloro todo el día, me siento fea. Felipe no me dice nada, no sé qué le pasa”.

Felipe se pone nervioso, y arranca un discurso muy confuso:

Felipe: “Mira, yo creo que todo está bien, ¿sabes lo que te digo? yo estoy aquí sentado y me da igual. Lo que yo quiero es satisfacción... ella es buenísima... a mí me encantan las mujeres pero si me tocan las pelotas, sabes, paso, ¡qué les den! no las aguanto. A mí no me gusta que me manden. Mira, yo adoro a mi vieja pero escucho sus gritos y... Ahora salgo con ella y sigue la cosa, ¿sabes cómo te digo? Ella lo sabe, yo siempre me escapo, ahora... soy adicto a la tele, me gusta el plasma mazo, en mi cuarto tengo uno grande que te cagas.

[silencio] ojo yo estoy preparado para morir, no importa si es mañana, pero... [silencio, balbucea] en realidad no quiero morir, te coscas tío no estoy tan loco ... ojo, la hora no me ha llegado.

Yo soy más fuerte que el copón, y le temo a la muerte pero no me importa. Yo soy mitad brashico mi vieja es brasilera por eso el fútbol... sabes... es mi pasión macho, yo le dije no me cambies te adoro pero no me cambies, tú te tienes que preocupar por 5 cosas, primero que estudie, segundo que tenga mi tele, y que pueda ver el fútbol, tercero el Atleti de mis amores ¿tú me entiendes no? luego mis amigos y mis hermanos yo me tiro de un puente por ellos. ¿Sabes lo que me ha hecho? me ha quitado el Atleti, la jilipollas la tía me ha quitado ya no puedo ir con mis colegas al estadio, ya te dije que estoy enganchado. Por eso mismo que le den a los porteños, no me gustan los argentinos, yo quiero que gane Brasil coño pero si no, no importa. Sabes lo que te digo ¿no? Ella es dulce yo la llamo 'Claudita mi amor' pero no se me empalma, tiene fuerte el genio ella es de tauro y yo ariano creo que eso jode un poco.

Felipe es un chico cuya vida se basa en la fuga y el vacío, y por más intentos de taparlo, es en la sexualidad en donde se evidencia el problema, felizmente y muy a su pesar, sigue siendo un ser humano, y ahí en donde él niega el dolor de los límites, aparece este síntoma mostrando la verdad de la condición incompleta y carente del ser humano. Él no puede hacerse cargo de verbalizar la angustia que representa el contacto íntimo con una mujer, por lo tanto la reduce a cosa. No puede tampoco renunciar a “su satisfacción” aunque para mantenerla tenga que hacer desaparecer al mundo. El discurso de Felipe funciona como una suerte de obturador de agujeros, pues no da espacio al otro, ni a una mínima interrogación sobre su condición. Sin embargo, el inconsciente se hace presente en los síntomas y en esa manera confusa de hablar que da cuenta de los agujeros del tejido del discurso, aunque en su contenido esto se niegue. En un momento Felipe introduce un elemento que me devuelve la posibilidad de hacer algo, habla de la muerte y, esa palabra abre un camino para poder decir aquello que está puesto en el cuerpo sexuado. En ese momento de contradicción entre la indiferencia y el miedo a la muerte, en esa pequeña vacilación, aparece una interrogación y un silencio, un vacío puede hacer pregunta, una pregunta puede revivir al muerto que habita dentro de él. Se abre la posibilidad de pensar los límites, con lo cual, se liberaría el cuerpo de tener que cargar con aquello que no puede simbolizarse.

En este caso el síntoma es aquello que devuelve el sentido a un chico que está colocado como un artefacto de consumo. Hay que darle un lugar privilegiado a ese síntoma en tanto cumple el rol de un lenguaje que da cuenta de una verdad negada, e ir poco a poco construyendo metáforas para envolver ese cuerpo crudo y poblando con símbolos el desierto mental.

A diferencia del discurso vacío, el pleno coloca al sujeto en un universo lleno de sentido, con mayor consistencia y hondura emocional. Cual caja de resonancia, estas palabras generan ecos que van de adentro hacia fuera y viceversa. La palabra plena trae consigo una pregunta sobre lo que se dice, un intento de dar a los demás una verdad. Y aunque siempre será de manera incompleta [pues la fusión total entre dos personas es imposible] se establece un lazo, que desde este decir significativo y afectivo, hace vínculo.

En la práctica estos dos tipos de palabras se pueden articular, de tal manera que un discurso pleno de sentido puede tener momentos de caída, de vacío o de absurdo. Esto, sin embargo, al ir dentro de una estructura discursiva simbólica es sostenido. Voy a recurrir de nuevo a la música pues me gusta pensar esta relación entre sentido y sinsentido como las variaciones que se encuentran en las buenas piezas musicales que, en medio de la melodía más armoniosa entran en disonantes o en repeticiones en apariencia absurda. El asunto es que haya creación y que haya tejido. Los adolescentes suelen tener momentos en que su lenguaje se vuelve aburrido, insípido, repetitivo, somnoliento y perezoso, momentos en los que no quieren pasar por el esfuerzo simbólico de nombrar. Sin embargo, aparecen destellos de significación y, de pronto, nos sorprenden cuando en medio de una carcajada o de un bostezo lanzan una pregunta o una observación fulminante.

Juan Diego [mi ahijado de 17 años] tose, sopla sus manos, se rasca, y mientras me hace cosquillas burlándose de mis kilitos de más dice: “toy con hambre y sueño, ta madre, qué pereza tengo... jajajá mira, mira, madrina, ese tío de la tele es un cague de risa... [se sopla las manos y se rasca la nariz]. Ahora que pienso en la historia de mi nombre, no sé por qué no me llamé como mi vecino [hace una mueca]. Y si me hubiera llamado como mi papá... tendría cómo demostrar que, aunque sea, tengo algo de él. Jajajaja... no te pongas tan seria madrina”. Y vuelve a jugar y a hacerme cosquillas.

Este es el vaivén del lenguaje, vaivén explosivo e intenso en el adolescente.

Es fundamental, por lo tanto, prestarle oído a las palabras y a la manera como estas se dicen, pues en ellas se muestra la estructura del sujeto, la forma en la que cada uno articula aquello que tiene sentido y aquello que no lo tiene. Propongo siempre a la poesía como ejemplo privilegiado de un discurso que, en la medida que muestra también oculta una verdad.

El lugar del ser humano nunca es fijo, siempre está en movimiento, como en el habla misma y como en la poesía, que en la medida que se desplaza va abriendo nuevos sentidos. Si bien estas oscilaciones pueden asustar mucho hay que saber de su importancia, pues ahí, sólo ahí, lo humano danza. Es por esto que la fría información tecnificada se propaga casi como una estrategia para dejar de lado lo humano y fundar el reino de lo electrónico y el consumo. Por eso, cuando encuentren muchas certezas, ideas fijas y lenguaje muy estructurado, piensen: ¿no será acaso que se está escapando la humanidad a causa de este frío metálicamente perfecto? Si es así, les dejo este poema para ir a buscarla:

“Escribo con la ceguera desalmada con que los niños arrojan piedras a una loca como si fuera un mirlo. En realidad no escribo: abro brecha para que hasta mí llegue, al crepúsculo, el mensaje de un muerto.

Y este oficio de escribir. Veo por espejo, en oscuridad. Presiento un lugar que nadie más que yo conoce. Canto a las distancias, escucho voces de pájaros pintados sobre árboles adornados como iglesias.

Mi desnudez te daba luz como una lámpara. Pulsaba mi cuerpo para que no hiciera el gran frío de la noche, lo negro.

Mis palabras exigen silencio y espacios abandonados.

Hay palabras con manos; apenas escritas, me buscan el corazón. Hay palabras condenadas como lilas en la tormenta. Hay palabras parecidas a ciertos muertos, si bien prefiero, entre todas, aquellas que evocan la muñeca de una niña desdichada”⁴.

4. Pizarnik, Alejandra; “La noche, el poema” en: *Poesía completa*.

Neologismos

En la adolescencia una de las cosas que más salta a la vista es la peculiar manera que tienen los chicos de hablar, pareciera como si el lenguaje se armara y desarmara acompañando, en su transcurso, las mismas reconfiguraciones del cuerpo adolescente. Esto es lo maravilloso del trabajo del lenguaje: el hecho de establecer un encuentro con el cuerpo y la sexualidad. Por esto en los adolescentes abunda ese hablar con neologismo, códigos, ruidos, tartamudeos, etc., que hacen del lenguaje no sólo esa gran herramienta para otorgar sentido a aquellas cosas nuevas que irrumpen en la vida, sino además, la puesta en marcha de un nuevo idioma juvenil que obra como separador de la lengua asignada por los padres y por la tradición, con lo cual logran sentirse diferenciados.

Un neologismo es un invento allí donde hay algo que no tiene nombre. Los adolescentes [así como los poetas y los locos] ante el contacto con lo más crudo de la realidad, tejen sus hilos e inventan. Un neologismo escapa de la norma y de la convención social tomando diferentes rumbos:

- **En el caso de la psicosis** encontramos que el neologismo es parte de un repliegue, de un aislamiento del mundo y de los demás. Se habla una lengua privada, cuyos códigos no se comparten con nadie mas que con los personajes del delirio.
- **En la poesía** los neologismos son herramientas para otorgarle algún sentido a los vacíos del mundo y el lenguaje. Cumplen una función estética que es compartida por la cultura, recreándola y brindándole recursos para la mejor convivencia con los dolores existenciales.
- **En la adolescencia** cumple la misma función que en la poesía además de servir como lazo entre el estremecimiento corporal y mental adolescente y el placer de inventarse, de transformarse. Cuerpo y lenguaje van siempre juntos creando subjetividad. El lenguaje en el adolescente muestra la articulación y desarticulación de su cuerpo y, desde su revuelta y transgresión, contacta creativamente con el mundo, a través de la originalidad de una obra. Estas palabras nuevas también funcionan como el idioma de esta nueva familia que es creada entre los grupos adolescentes. Ellos tienen las reglas, no el padre. Con lo cual pueden vivir una suerte de “parricidio simbólico” necesario para introducir interiormente una nueva ley.

Palabra y acción

Uno de los errores más comunes es el de separar la palabra de la acción, escuchamos por ahí decir: “no hables tanto y actúa”, Esta frase hace alusión a un tipo de habla, muy cercana a la palabra vacía, que no llega a nada y más bien bloquea la acción. Una palabra dicha con afecto, con cuerpo, con ganas, con sentido, es ella misma acción, pues transforma.

Además de esto la palabra es algo que se da, algo que tiene las características de un don que alimenta con su verdad a la persona que la recibe. Esta entrega implica, por lo tanto, tener una posición en la vida pública, un reconocerse como miembro de una comunidad y de un orden social. Por más en contra del sistema que se pueda estar, la palabra hace lazo, aún cuando niegue o confronte, aún cuando lleve consigo agresividad, el hecho de hablar implica que existe un otro a quien se dirige el discurso.

Cuando callan las palabras, cuando no hay símbolos, ni ningún tipo de lenguaje es cuando irrumpe la violencia descarnada.

“Encontrar las palabras oportunas, en el momento oportuno es acción, dejando aparte la información o comunicación que lleven. Sólo la pura violencia es muda”⁵.

La violencia es muda, es el puro acto desprovisto de cualquier posibilidad de simbolización, es la crudeza de la realidad ante la que apenas podemos reaccionar. Ante cosas de esta naturaleza solemos decir: “no tengo palabras”, “esto es impensable”. Es como si todo el dolor se instalara directamente en el cuerpo al no tener filtros mentales que hagan de soporte, no hay elaboración, ni tejido, como si a la vida se le hubiera despojado de todas sus envolturas de sentido dejándonos arrojados en el desierto del absurdo. Toda la poética y la sexualidad adolescentes se viven [o sobreviven] en la medida en que se pueda bordear ese pozo cavado por lo innombrable.

Y se bordea con palabras plenas, con arte, con poesía.

5. Arendt H., *La condición humana*.

También el enamoramiento despierta un caudal de imaginación que va colocando capas de símbolos a la crudeza del sexo, cuando es tomado como pura carnalidad. La irrupción bruta de la realidad, sin esa capa poética, se transforma en obscenidad carente de erotismo.

Por otro lado, el hecho mismo de enmudecer implica romper el lazo con el mundo, simplemente declarar que el otro no existe, que me quedo en la isla, que me auto-abastezco llenándome de vacío, a través de esa poderosa droga que es el espejo. Y claro, aquí nos podemos preguntar: ¿en qué momento se introducen las adicciones?

Es como si el lenguaje dejara de ser la casa del ser y apareciera ahora un enorme castillo como casa para el no-ser. Hay que estar atentos a este movimiento, pues fácilmente se ofrecen trueques perversos: “tú dejas la palabra y yo te doy sensaciones mudas”. Sensaciones que dan la espalda a la palabra y al sentido. Puro cuerpo, sin tiempo, sin mundo. Solo.

Taller de filosofía

Herramientas

- Palabras sinfónicas: estas se encuentran en la poesía.
- Una escucha amorosa y paciente, ella invita a hablar.
- No horrorizarse por las palabras de los adolescentes reaccionando ante ellas con un estallido.
- Prestar atención para ver si a través de actos con el cuerpo, como tatuajes o dietas radicales, se está expresando algo que no se está pudiendo colocar en palabras.

Objetivos

- Poetizar el cuerpo y la sexualidad de los adolescentes.

Técnica

- En relación al cuerpo tener cuidado porque los chicos llevan al acto fácilmente sus problemas. Así por ejemplo con el tema de los tatuajes diferenciar dos tipos:
 - 1) aquellos que cumplen la función de expresar estéticamente un símbolo que signifique mucho y que al ser colocado, el adolescente se quede tranquilo sin la necesidad de repetir compulsivamente el tatuado.
 - 2) aquellos que expresan una problemática mayor que no se está pudiendo frenar ni elaborar verbalmente. En estos casos los chicos se tatúan insistentemente. Hay que ayudarlos a limitar este exceso corporal con la ayuda de palabras que introduzcan una simbolización de lo que no se puede expresar.
- También fijarse mucho en la tendencia a banalizar la cirugía plástica. No promover en casa que un adolescente actúe sobre su cuerpo sin antes no haber pensado y dialogado al respecto.

Por lo tanto hay que revisar qué lugar se le está dando al cuerpo, si hay un exceso de culto o de angustia corporal y un déficit de reflexión y pensamiento.

- Reflexionar con los adolescentes el sentido de la experiencia corporal. Trabajar la relación entre comida y amor, comida e impulsos.
- Preguntarse:

¿Se lee en casa? ¿Qué se lee y cómo?

La lectura hay que vivirla con amor y no como una herramienta informativa a secas.

- ¿Hay espacios para escribir y para hablar tranquilamente?

Es decir, llevar al fuego lento del lenguaje, la crudeza de la realidad.

Soledades contemporáneas

“Escribir con sangre”, como decía Nietzsche, es una manera de entender que aquello que uno plasma en un papel puede representar toda nuestra existencia, haciéndose carne. Escribir no es algo que suceda independientemente de la experiencia corporal, sin embargo quien separa la escritura de sus afectos, o la razón de la pasión, pierde un eje sustancial.

- ¿Qué sucede si se separan por un lado el cuerpo y por otro lado la mente?
- ¿Qué sucede cuando un chico pasa horas chateando en un lugar virtual lleno de gente virtual, mientras en su casa está solo y hace una semana que no se baña?

Me llama mucho la atención una contradicción muy común en la manera en que se están construyendo los vínculos actualmente. Se trata de la división mente-cuerpo, a partir de la cual el cuerpo queda de lado, casi como un desecho, un estorbo. Del cuerpo se valora la imagen capturada por una cámara que funciona como transporte hacia el mundo virtual, sólo así el cuerpo tiene un lugar... ¿el cuerpo?

Y en el reverso: anorexias, bulimias, trastornos alimenticios, drogas, cortes en la piel.

La experiencia corporal humana se diferencia de la animal en que está impregnada de representaciones mentales, no somos un pedazo de carne de carnicería que se valora por el peso o la grasa, somos un cuerpo que es representado psíquicamente. Cada órgano, cada arruga, cada pliegue, cada latido tiene un lugar y un sentido dado por cada persona.

Hago hincapié en esta experiencia corporal porque es justo ahí donde el adolescente sufre la sacudida más grande, pues la transformación del cuerpo en un joven es asunto cotidiano.

La presencia, la compañía, la salida al mundo involucran al ser humano en su totalidad. No poner, pues, en juego el cuerpo es un signo alarmante de falta de contacto, entre otras cosas.

Para Zizek vivimos en una era que él llama “descafeinada”:

“En el mercado de hoy, encontramos una serie entera de productos privados de su propiedad maligna: café sin cafeína, crema sin grasa, cerveza sin alcohol... Y la lista sigue: ¿qué es el sexo virtual sino el sexo sin sexo...?”¹.

Es como una suerte de búsqueda de la transparencia, de levedad absoluta, de virtualidad. Un cuerpo sin cuerpo, una amistad sin amigo, una herida sin sangre. Al sustraer la sustancia de las cosas ya todo puede permitirse, pero ¿Cuál es el costo?

El costo es perder el cable a tierra, sentir el cuerpo como una mercancía y el amor como pura virtualidad. Es fácil para un adolescente sucumbir a la tentación de un mundo que le ofrece todo, que no pone límites, pero no sabe que justamente es al perder su sustancia cuando todo está permitido. Claro, en el mundo de la levedad ya no importa cuánto transgredas, pues no se toca la realidad, es como querer matar a un muerto. Es el poder de ser nada, y muchos chicos optan por este poder. Al ser nada, no hay nada que perder, no hay límites, no hay realidad. Esta es la trampa del “vale todo”.

Extrañas compañías digitales

Siempre hago énfasis en que la compañía pasa por asumir factores como el tiempo [es decir, la duración de un vínculo con sus respectivos cortes, distancias y cercanías], el riesgo de perder, la construcción común de proyectos e ideas o el anclaje en el cuerpo de todas estas experiencias [Con anclaje en el cuerpo me refiero a que, aunque no haya presencia física concreta, pueda haber un lugar para pensar y sentir el cuerpo, el cuerpo que vive y muere, que envejece, que se arruga, que suda, que tiembla, que enrojece y que sangra]. Ese cuerpo que se

1. Zizek, Slavoj; *La pasión en la era descafeinada*.

impregna y modela con la carga de nuestras emociones, esas arrugas que expresan nuestra vida y nuestra manera de reír, de ponernos serios, ese gesto al mover las manos, gesto singular, danza peculiar en donde la carne es vivificada por nuestras inquietudes y emociones.

Hay que tener cuidado con la tentación de trasladar la materialidad del cuerpo a una pantalla manipulable en la que los gestos no dicen nada más que el tamaño de nuestro narcisismo, pues allí donde se tapan las grietas y las fallas, es donde enmudece la verdad del sujeto. Con tener cuidado me refiero básicamente a no confundir al sujeto con su imagen y darle a la pantalla su verdadero lugar, demarcar la frontera y saber que la imagen es un punto donde confluyen las ansias narcisistas del yo que pretende ser perfecto –aunque sea ayudado por photoshop– y negar cualquier carencia que haga necesaria la presencia de un otro.

Jimena, una paciente adolescente, me decía que no soportaba comer hamburguesas ni nada que viera por televisión pues todo eso le parecía mentira: *“es falso, qué horrible, no lo soporto”* me decía, mientras una mueca dejaba en su cara las marcas de su sentimiento.

Jimena busca, con algunas transgresiones de por medio, encontrarse con su verdad. Asisto sorprendida a sus cambios y contradicciones, a su manera de pasar del chat a un libro de Shakespeare que lee apasionada, de las piruetas en bicicleta a las piruetas sexuales. Me siento agradecida por aprender con ella lo fecundas que pueden ser las contradicciones cuando se les da un espacio para pensar. Jimena me habla siempre de sus sueños, sorprendida por cuán “locos” pueden ser y, entre la realidad y la fantasía, entre ser y no ser, va creciendo.

No hay que olvidar, entonces, lo importante que es para un adolescente el tema de la mentira y la verdad. Ellos están pasando por la dura tarea de ver desvanecerse los cuentos de hadas y los mitos infantiles y lo ponen todo en cuestión. Lo mejor que podemos hacer es ser auténticos con ellos y ayudarles a que lo vivido deje huella, marca, trazo, ayudarles a vivir desde la realidad. De esta manera se puede decir que la propia vida es como una obra de arte, tallada por las experiencias.

Lo que quisiera ir dilucidando es el lugar que le damos a la experiencia virtual, si es una herramienta para que dos personas se relacionen en la distancia y sostengan un vínculo, o si es, en sí misma, una meta que, silenciosa y eficazmente, va disolviendo la conexión del ser humano con la realidad, con el

cuerpo propio y el de los demás, dejándolos sumergidos en la mentira. Sin rastro, sin marca, sin herida.

“La experiencia es la memoria más la herida que te ha dejado, más el cambio que ha operado en ti y que te ha hecho diferente”².

Si lo que nos hace diferentes es pasar por experiencias hechas de memoria, heridas y cambio:

¿Cómo se diferencia y cómo construye sus experiencias un adolescente que vive a través de su personaje virtual?

El personaje que funciona como nuestro doble en los mundos virtuales 3D se llama “Avatar”. El Avatar es ese otro yo que sale al espacio digital, se vincula, conversa, baila, vuela, compra y hace el amor. Un chico se puede pasar días enteros construyéndolo, buscándole ropa, creando sus características corporales: ojos, pómulos, cabeza y todas las medidas con gran precisión.

Un adolescente que se ha quedado fijado a este doble puede atravesar perturbaciones importantes que hay que reconocer a tiempo. Veo constantemente chicos que sienten tan leve su vida que necesitan experiencias extremas como forma desesperada de devolver consistencia. Sin embargo, estas experiencias extremas suelen ser vividas también de una manera superflua, instantánea, mágica, con lo cual tras la intensidad inicial, el agujero interno se hace mayor.

La irrupción masiva de los medios de comunicación requiere mucho más que la adquisición y uso pasivo del producto, requiere prestar atención a los cambios que este nuevo elemento trae en lo cotidiano, en lo social, en el amor, en la amistad... Al decir esto no estoy poniéndome en contra de estas tecnologías, pues estoy segura de que traen interesantes beneficios. De lo que se trata es de *hacernos cargo de la tecnología y no al revés*, no vaya a ser que terminemos siendo los avatares de nuestros avatares. El problema está en que la herramienta es tremendamente fuerte y puede crear la sensación, sobre todo en los adolescentes, de tener en las manos todo el control, cuando en realidad [como sucede con las drogas] se está siendo atrapado por la situación.

2. Calvino, Italo; *El sendero de los nidos de araña*.

Volvamos al tema de la división mente-cuerpo. La problemática que se presenta es la siguiente: al inclinarse la balanza hacia el lado de la imagen, la percepción que se tiene de sí mismo es básicamente narcisista, es decir, que cuando estamos frente a un otro, éste se vuelve una proyección de uno [como en un espejo] y también uno termina convertido en el reflejo de las expectativas de los otros. Un juego de espejos, a veces seductor, otras perturbador, en donde la realidad pierde espesor. El embrujo se hace trizas cuando vemos que, del otro lado del espejo, el cuerpo es tratado como mercancía.

Los adolescentes, en medio de esta sociedad veloz, se encuentran muchas veces en una soledad que no pueden sostener, por lo que recurren a lo primero que tienen a mano, el ordenador, el chat...

¿Qué hacer con esta realidad?

No se trata de negarla o de prohibirla, sino de que nosotros, los adultos, le demos un lugar para que estas nuevas experiencias se estructuren.

Efectivamente, el chat es un lugar en el que adolescentes y adultos buscan compañía, pero este chat ¿es un medio o un fin?

Es un medio desde el momento en que genera otras circunstancias, como un encuentro real, un intercambio cultural, nuevas maneras de ver la vida. Es un fin cuando el adolescente se queda fijado, atascado, haciendo del chat su única forma de relación con otras personas. El chat como un refugio y una excusa para aislarse del mundo.

Soledades contemporáneas

Pienso que las soledades contemporáneas son aquellas que tienen que ver con creer que es compañía lo que en realidad es un espejo o sus variables cómo la imagen sin palabras o como la pantalla hipnótica que muestra lo que uno quiere ver, dejando de lado lo que no nos gusta. Claro que, junto con esa exclusión, se separan tanto el mundo y sus matices como las propias cosas que no nos gustan de nosotros mismos y que quedan negadas, o más aún en el caso del cuerpo simplemente operadas, muchas veces sin un criterio de realidad claro. La soledad contemporánea no tiene tanto que ver con la distancia o la lejanía, sino más bien con el conglo-

merado de cuerpos que se juntan sin tener densidad ni lugar simbólico, tiene que ver con el lugar de mercancía que se les da a los amigos, a los vínculos, al cuerpo.

Repito, la soledad es creer que hay un otro, cuando lo que hay es el reflejo o la imagen que proyectan nuestros propios fantasmas.

Si se tiene contacto con un adolescente es importante tener frente a él una posición clara, no enganchar desde el narcisismo seductor del espejo, *reconocerlo como una persona separada y respetar sus puntos de vista* y hacerle saber que la riqueza está allí en donde nos encontramos con diferencias, aunque muchas veces éstas duelan, pues finalmente de eso se trata: ese otro que nos acompaña es alguien que piensa diferente, que siente diferente, que nos frustra, que nos sorprende, que nos enseña y que al darnos lo que no tenemos nos hace saber de nuestras carencias y de la importancia de no tener. Es necesario perder, separarse, pues *la compañía es posible gracias a la separación*.

La amistad es un don maravilloso, en ella se pone en juego la más profunda intimidad junto con el saberse diferentes, con el no absorberse el uno al otro. Aquellos vínculos que consisten en la fusión entre el yo y el tú [como el espejo del que hablaba] derivan en la dominación:

“¿Qué es el amor sino comprender y alegrarse de que otro viva, actúe y sienta de manera diferente y opuesta a la nuestra? Para que el amor supere con la alegría los antagonismos no debería suprimirlos, negarlos. Incluso el amor a sí mismo contiene como presupuesto suyo la dualidad [o la pluralidad] indisoluble, en una sola persona”³.

El amigo nos ayuda a convivir con nosotros mismos, media en ese diálogo embaucador con el espejo. Un amigo es una puesta en realidad pues, como dice Nietzsche, hay en nosotros una dualidad, es decir que somos habitados por contradicciones, como si dos vocecillas nos hablaran al oído y, entre ellas, apareciera el amigo confrontándonos desde su distancia y nos salvara:

“Yo y Mí dialogan siempre con excesiva vehemencia. ¿Cómo soportarlo, de no mediar un amigo?”⁴.

3. Nietzsche, F.; *Humano demasiado humano*.

4. Nietzsche, F.; *Así habló Zaratustra*.

Lo que se da en la amistad no puede ser medido ni cuantificado, pues es un dar que no corresponde a las leyes del mercado. En la lógica del consumo el amigo es alguien que debe asimilarse a uno mismo, con lo cual lo que se entrega, finalmente, termina regresando como inversión. En la lógica del mercado, dar y recibir amor se mide de la misma manera como se estudian las inversiones bursátiles. Y lo que nos hace creer el chat es justamente eso: que comprando una membresía, creando un perfil o un avatar, vamos a adquirir esta mercancía posmoderna mal llamada “amistad”.

Esta es la soledad: comprar y vender amistad, hacer vínculos con aquellos que “calcen” con nuestro perfil, que coincidan con la imagen del espejo.

Estar en compañía implica poder pasar por el dolor de la desposesión, ya que el amigo no es propiedad, por lo tanto escapa a nuestro dominio.

“En la medida en que el otro es asimilado a mis modos de ser, es posible dominarlo, encuadrándolo en los parámetros de mi mismidad. Quien escapa a las propias pautas es siempre riesgo y peligro. Es por eso que la amistad se desentiende de las cuestiones de propiedad: mientras que en el amor entre los sexos la problemática de la posesión sigue siendo importante, la amistad pareciera signada por la desposesión. Frente a los amores que se tornan exclusivos y requieren exclusividad del otro, la amistad hace posibles los múltiples amores...”⁵.

Lejos de ser un acto de control y dominación, la amistad es algo que tiene que ver con un don, con una donación. Sin avales, sin intereses, sin seguros ¿pueden los jóvenes pasar por este don y por este riesgo?

5. Cragolini, Mónica; *Nietzsche: La imposible amistad*.

Taller de filosofía

Herramientas

- Permitir que en las conversaciones con los adolescentes se toleren y afirmen las diferencias en los puntos de vista. No intentar coincidir siempre.
- Romper [metafóricamente] algunos espejos.
- Pensar las soledades propias de la adolescencia.

Objetivos

- Lograr una mayor profundidad y autenticidad en los vínculos, a partir de experiencias que dejen huella y presencia en el mundo interno.

Técnica

- Construir una ética en lugar de obedecer ciegamente a los mandatos sociales. Esta ética se construye cuestionando y reflexionando sobre los actos cotidianos, buscando la verdad como fruto de un encuentro con la realidad y no como un delirio aislado.
- Practica el ponerte en el lugar del otro, y ayuda a que el adolescente también lo haga, por ejemplo haciendo que entienda otras perspectivas.
- Trabajar sobre el impacto de soledad que queda después de la falsedad o de lo virtual, en tanto esto sea una experiencia que haga de la vida una mentira.
- Discutir la diferencia entre la experiencia erótica o sensual frente a un ordenador y frente en ser humano que te guste.
- Ser consciente de las soledades del adolescente frente a:
 - la pérdida del cuerpo de niño
 - la pérdida de los padres de la niñez
 - la pérdida de su mundo de fantasías frente a la irrupción violenta de una sexualidad que no entiende.

6

Angustia y límites: trazando un mapa existencial

La angustia hace patente la nada.

[Heidegger]

La angustia, ese desasosiego que nos descoloca el alma y rompe en un ahogo el cuerpo, ha sido motivo de numerosos tratados de filosofía, medicina, psicoanálisis. Aparece en el momento en que el ser humano es consciente de su lugar en el mundo y cuando existir no se reduce a una mera función biológica, sino que es un estado en el que conviven deseos, pulsiones, arrebatos, límites. La angustia, por lo tanto, vertebrata la experiencia subjetiva. Muchos filósofos la encuentran como esencia de la condición humana, en tanto tiene que ver con nuestro estar en el mundo en libertad, y esta libertad trae consigo una carga muy fuerte de responsabilidad ante un destino que no está determinado. El psicoanálisis también le da un lugar privilegiado a este afecto que está presente en todas las estructuras psíquicas, pues no necesariamente es considerada una patología, sino más bien una señal ante el encuentro con aquello que nos es imposible procesar [el ejemplo más radical es la muerte]. Por otro lado, la medicina [cuando se cierra en sí misma] entiende la angustia como un mero desorden somático, intenta taparla con fármacos sin darle ningún sentido existencial.

Pienso que el tema de la angustia es uno de los asuntos en los que la filosofía más tiene que aportar, pues si ésta se inicia gracias a ese sentimiento de admiración y extrañeza ante el mundo llamado asombro, yo añadiría que a él se le puede sumar la angustia que nos lleva a interrogarnos sobre nuestra verdad y sobre la verdad del mundo. Yo me pregunto: sin una cuota de angustia ¿nos pondríamos a buscar

y a querer saber? Es más, sin una cuota de angustia ¿estaríamos acaso leyendo este libro? Si hurgamos un poquito, quizás nos podemos dar cuenta de que allí, en medio de nuestras inquietudes, dudas, deseos, también hay un poco de angustia que nos impide quedarnos quietos y nos lanza a la búsqueda.

Claro está que no todas las angustias pertenecen a un mismo costal y que también hay algunas que dan cuenta de estados tremendamente problemáticos pero, aun en estos casos, la angustia es una señal de alarma que nos avisa de que algo está pasando.

Sobre algunos tipos de angustia y sobre la forma de abordarlos es sobre lo que voy a ocuparme en este capítulo.

En un mundo en el que buscamos negar las verdades dolorosas, la angustia aparece para desvelar alguna verdad interna que quedó clausurada. Clausura que tiene actualmente la cara del consumo como mecanismo a través del cual nos imaginamos todopoderosos y capaces de llenar cualquier vacío.

Este es un punto esencial: El vacío y la manera en que cada uno se relaciona con él.

Hay adolescentes que, por ejemplo, se relacionan con el vacío llenándose más con él, navegando en aguas de la nada. Las anorexias, algunas depresiones y la melancolía son casos que muestran esta situación. Los chicos suelen tratar de manipular aquello que entra y sale de sus cuerpos, como manera de representar el estar llenos y el estar huecos. Así por ejemplo, la comida puede tragarse desesperadamente y luego vomitarse, el alcohol puede beberse hasta arañar las paredes interiores, el humo también entra y sale contorneando las vías respiratorias, en una suerte de tránsito entre el afuera y el adentro. Todas estas pueden ser, entre otras cosas, maneras de sentir un espacio interior, de rodearlo, de vaciarlo o de llenarlo. El problema es que se fracasa al perder la posibilidad de nutrirse y de disfrutar de aquello que se tiene, pues tal es la compulsión por el consumo que todo es devorado, sin saborearse. Pongamos como ejemplo la proliferación tecnológica y los sistemas de “almacenamiento” de datos. Estos pueden ser también una manera de llevar a cabo este síntoma de llenado y vaciado, este interesante ritual que es común ver en los adolescentes al llenar infinitas listas de música, que “suben y bajan”, sin siquiera poder oír, en esta fascinación de poseer por poseer

que deja de lado el vínculo más profundo con la música. Es como si el interés se hubiera desplazado a la contabilidad [número de canciones, megas, etc.] dejando de lado el lugar en el que cada canción cobra densidad, importancia, ¿será que la velocidad con la que se consume la música impide que esta deje huella? Por otro lado, así como sucede con la música sucede también con las inacabables listas de los chats que pueblan los ordenadores de los chicos. Estos se llenan de contactos con los que, paradójicamente, no hacen contacto, pudiendo ante cualquier arrebato “borrar al amigo de su lista”, ya que esto es para ellos cuestión de una tecla. Acto de borramiento o de vaciado que luego anulan mágicamente con otra tecla que los hace reaparecer.

Estas personas se relacionan con la “nada” haciendo un giro hacia el “todo”, esto es: comprando todo, leyendo todo, amando todo, etc.

Pasemos ahora a ver algunas de las formas como se puede presenta la angustia:

La angustia como manifestación del vacío

Y para empezar a pensarla es Heidegger el que nos sale al paso:

“La angustia nos vela las palabras. Como el ente en total se nos escapa, acosándonos la nada, enmudece en su presencia todo decir ‘es’. Si muchas veces en la desazón de la angustia tratamos de quebrar la oquedad del silencio con palabras incoherentes, ello prueba la presencia de la nada.

Que la angustia descubre la nada confirmalo el hombre mismo inmediatamente después que ha pasado. En la luminosa visión que emana del recuerdo vivo nos vemos forzados a declarar: aquello de y aquello por... lo que nos hemos angustiado era, realmente, nada. En efecto, la nada misma, en cuanto tal, estaba allí”¹.

La nada está allí pues el ser humano tiene que convivir siempre con sus carencias, con sus vacíos y con esa dimensión que es imposible de poner en palabras. La

1. Heidegger, M. *Qué es metafísica*.

angustia aparece cuando nos encontramos ante un agujero que no puede representarse con palabras, que no puede pensarse ni elaborarse y que por lo tanto se aloja en la pura sensación. La angustia nos hace saber de nuestros límites, de nuestra finitud. Por eso, a la hora que irrumpe el vacío es importante tener recursos y uno privilegiado es la palabra que [aunque no llegue a nombrar de una manera exacta las cosas y aquello que nos abisma] en su devenir rodea, enmarca, sostiene las experiencias que nos presentifican la nada. Quiero resaltar que cuando hablo de la “palabra” no me refiero a la “palabrería” del rellenar con un decir por decir [decir hueco por lo tanto], sino que me refiero a la palabra con valor de metáfora que está allí donde hay una ausencia, pues sólo ante una ausencia surge la necesidad de hablar, de nombrar, de hacer una llamada a alguien. Como cuando en el primer capítulo veíamos que “Eros” es fruto de la relación entre la riqueza y la pobreza, siendo esta última la condición para que surjan las ganas y el deseo.

El nombrar se hilvana entre hilos y agujeros, el nombrar es un acto posterior al silencio que, por pequeño que sea, está ahí forzándonos a hablar, a anudar con palabras lo desconocido.

En este sentido es llamativa la manera tan peculiar que tienen los adolescentes de hablar. Lo hacen con monosílabos, casi con susurros, evidenciando una gran dificultad de tomar posición, pues todavía no la tienen. Ante esta ausencia de palabras no encuentran otra manera de hacerse notar que a través de un actuar por actuar, es decir, sin ese importante eje llamado verbo, que marcha junto con la acción. Aquí lo que yo propongo es ayudarlos a crear esta posición, esta voz, a través de debates, de confrontaciones creativas en los colegios. Para que ellos tracen sus límites ayudados por la palabra es necesario que nosotros, los adultos, podamos escucharlos, recoger sus palabras y ayudarlos a procesarlas sin hacer de ellas un desecho. La pregunta es: ¿estamos dispuestos a escuchar las temblorosas verdades de los adolescentes?

La palabra es un don que tenemos que transmitir a los jóvenes, ya que gracias a ella nos separamos de la concretud de las cosas materiales para hacernos cargo de la ausencia. Una vez instalada esta ausencia podemos poblarla con palabras que, en tanto metáforas, nos reencuentran con lo perdido. Magnífico movimiento el que se genera con las metáforas, ya que una nos lleva a la otra, evitando la parálisis, la rigidez y la muerte psíquica. Por eso Lacan dice que:

“La palabra mata a la cosa”.

Y da vida al alma permitiéndonos tener mundo interior, representaciones mentales y la posibilidad de estar acompañados en la soledad. En este sentido, algo fundamental para la aparición de la subjetividad es la experiencia del niño cuando se tiene que separar del cuerpo de la madre, adquiriendo así la inserción en el mundo de la cultura. Las versiones actuales de la incapacidad para separarse del cuerpo materno son las adicciones, pues la sustancia, a la manera de una madre que con su arrullo adormece, sustrae al sujeto de la cultura para dejarlo pegado [en exceso de presencia] a aquello que es puro gozo sin mediación de palabras, es decir, sin atisbo de ese dolor esencial que tiene que ver con sabernos separados y singulares. El dolor, sin embargo, regresa de una manera más brutal a través de esa terrible angustia propia del adicto que tiene que ver con la irrupción violenta de la nada, de lo impensable, que intentará obturar y evadir con drogas al ser incapaz de rodearlo y sostenerlo con palabras.

Una paciente de 17 años me contó llorando cómo, tras una pelea con su novio, se encerró en el baño y empezó a consumir cocaína desesperadamente. La angustia sólo se calmaba durante las inhalaciones, ya que a los pocos minutos volvía a amenazarla el vacío ante la pérdida del novio. El consumo fue en aumento, hasta que después de media hora sintió cómo los latidos de su corazón salían por su boca y el pulso se le aceleraba al punto que era imposible contarlos. Sabiendo que moriría, inhaló por última vez en una mezcla de excitación y angustia. Los padres la encontraron en coma, salvando justo en el filo su vida.

Nos encontramos con una relación complicada entre el cuerpo y el gozo. Así tenemos por un lado:

- *La excesiva virtualización de los vínculos y el desanclaje del cuerpo.* Esto significa que cada vez más las experiencias de los adolescentes se sostienen en una nebulosa sin límites, lo virtual se presta para evadir el compromiso y la realidad dolorosa. La fuga se realiza hacia un mundo en donde el cuerpo, al ser virtual, puede ser manipulado. No hay anclaje de los sentimientos en el cuerpo y se rompe el cable a tierra.

Y por otro:

- *El quedarse pegado al gozo corporal a través de las drogas.*

El adolescente se enfrenta con la necesidad de quedarse en el exceso de sensaciones llevando a cabo una ruptura con la realidad finita del cuerpo, es decir negando los límites de su identidad, de su vida y de su muerte. Por ello puede oscilar entre la desaparición de lo material a través de lo virtual [Internet, televisión, videojuegos] hasta la pura materialidad de un cuerpo que grita sin ser pensado.

Se hace necesario, pues, que el adolescente logre asumir sus límites y pueda habitar la soledad para, a partir de ella, establecer sus vínculos.

Debe quedarnos claro que *para que haya presencia es necesario que haya también ausencia*. Es decir, para que alguien acceda a la compañía invaluable de un otro, es necesario que reconozca las diferencias que los separan, los espacios íntimos a los que nunca podrá acceder, la imposibilidad de controlarlo como si fuera un objeto.

El movimiento que quiero recuperar es el que va de la ausencia a la presencia, como un nudo que recorre sin asfixiar. El problema se da cuando se rompe ese nudo y al acabarse el movimiento nos quedamos en uno de los dos lados.

Así como no pueden desamarrarse el cuerpo de la mente, tampoco lo pueden hacer la ausencia de la presencia. Así pues, cuando los mundos virtuales son vividos desde el aislamiento hacen del adolescente alguien que rompe el nudo y convierte el cuerpo en un desecho, un desecho que sólo encuentra placer frente al espejo, procurándose sensaciones solitarias, sin contenidos mentales y simbólicos. Esta forma de vivir el placer termina siendo como una adicción que niega a los otros y al universo de las palabras, en tanto ellas son las que crean el puente hacia los demás.

Es entonces crucial *no confundir vínculo con simbiosis*.

El sujeto, se ubica en una suerte de espacio intermedio entre la ausencia y la presencia, esta es una zona que llamaré: zona intersubjetiva. En la zona intersubjetiva diseñamos nuestra identidad en contacto con el otro, pues somos seres relacionales, motivo por el cual construimos lazos con palabras. Sin esta zona no hay ni “yo” ni “tú”, sólo éxtasis simbiótico, amalgama amorfa que deriva en angustia por la pérdida de los límites. En la zona de intersubjetividad puede dibujarse un espacio vacío en medio del contacto de los cuerpos y de las mentes. Es un vacío rodeado, no es pura nada, no es una apertura blanca absoluta, es sólo una zona remarcada entre dos. Esta zona posibilita el deseo.

Esta zona es, por ejemplo, la que hace posible que al enamorarse dos adolescentes puedan respetar su privacidad. Cuando no hay aire entre los dos aparece la asfixia y la angustia ya que se ahogan el uno al otro, pudiendo derivar en celos excesivos, control, vigilancia y persecución.

Entonces, en el movimiento que va de la presencia a la ausencia, o lo que es lo mismo, del estar vacío al estar lleno, tenemos dos aristas:

Por un lado tenemos la cara de la angustia ante el vacío, y por otro tenemos esta otra modalidad de angustia que aparece ante el exceso. La relación entre una y otra es completamente reversible, pues en realidad el vacío que genera angustia es un exceso de vacío, es estar llenos de vacío, como quien deposita en su interior un globo lleno de nada, pero que ahoga.

Sin embargo es posible ubicarnos de otra manera frente al vacío, pensándolo como una ausencia rodeada de algo que la sostiene, como un agujero que es contorneado para no abrirse a la nada sin bordes, al exceso de vacío en el que ya no hay límites, sólo pura nada. Este es por ejemplo el caso de las anorexias, en donde el vacío lo llena todo, o de la disolución de la identidad a través de una multiplicidad sin fin en el mundo de los personajes virtuales. En ambos casos se busca vivir fuera del mundo, ilimitadamente vacíos o ilimitadamente llenos.

La angustia como manifestación de un exceso

¿Qué sucede cuando en el álgebra mental sólo se introduce la suma, y no hay espacio para la resta? ¿Qué sucede cuando todo es “sí” y falta el “no”?

Podemos empezar a reflexionar sobre estas preguntas a partir de algo que quiero remarcar:

Ahí donde algo falta, nace un deseo.

Es una paradoja digna de pensar el hecho de que en sociedades que rinden culto al confort haya tanta depresión, pues todo parece perder sentido ante la abundancia, y sin embargo, en algunas otras sociedades que mantienen un espacio para la carencia [es decir que no la tapan con el consumo salvaje] desarrollen una increíble creatividad que les hace capaces de construir y crear justo en el lugar en

que más ausencia de bienestar tienen. Es decir, el sentido de la vida es algo que cada ser humano tiene que ir armando, no se puede comprar, por eso aquellos chicos que pueden inventarse un juguete con dos piedritas adquieren ese impagable tesoro que es la ilusión y la creatividad.

Vivir la adolescencia en medio del culto al exceso, sin introducir algunos límites puede ser la manera más fácil de arrojarse al vacío, y es ahí, un paso antes del abismo, cuando aparece la angustia que, a falta de límites, que a falta de frenos, que a falta de falta, aparece como mediadora entre el sujeto y la nada. Esta es una señal de alerta que no podemos ignorar.

¿No es momento acaso de empezar a reconciliarnos con una cierta dosis de angustia, en tanto nos devuelve al lugar de lo humano? Porque allí donde ella surge no hay tregua que valga, estamos frente a nuestra verdad.

Un adolescente siempre va a cuestionar todos los límites, va a derribar los frenos, va a llevar su deseo hasta la pulverización esperando que una nueva ley reordene su universo. Esta nueva ley es fruto de la interiorización de la ley externa, la propia capacidad crítica y la manera como pone límites a sus desbordes. Aunque el adolescente diga que odia la ley, que no quiere saber nada de ella, anda continuamente provocándola, convocándola, ya que sin ella sale del juego del deseo y, este juego, como todos, requiere reglas o: ¿acaso es posible un partido de fútbol sin haber trazado primero las líneas del campo?

El “no” como acto de amor

Por otro lado, tengo la impresión de que se ha idealizado mucho la relación “amorosa” con los hijos, se suele decir, por ejemplo, que los padres deben dar y dar y dar... amor, cariño, etc. Y claro que es muy importante este dar, pero hay que detenerse a reflexionar un poco más sobre esto. Siguiendo la lógica del placer, puede ser muy fácil y rico ser el amigo amoroso de un hijo, quedarse en ese rol y claudicar en la función paterna en tanto constructora de límites [puestos desde el amor]. A un hijo hay que sostenerlo, recortar sus excesos, ayudarlo a crecer y modelar sus pulsiones. Por lo tanto si el modelo de los padres está basado en el exceso de amor estamos ante un problema, el problema que se traduce en la conocida frase: “yo no quiero que a mis hijos les falte nada”. ¿A dónde nos lleva este querer?

Asumir que a un hijo siempre le va a faltar algo es poder introducirlo en la realidad, en la necesidad que nos lleva a seguir creando, a seguir amando, a continuar. Si nada falta, entonces, es el fin.

Para eso también es importante pensar *qué significa dar*. Lacan entiende el amor como:

“Dar lo que no se tiene a quien no es”.

Esto quiere decir que uno puede entregar su propia carencia a un ser que también la padece y que no es el “ideal” que habíamos pensado que era. Esta frase introduce ese “cierto vacío” en la relación, esa cierta falta a través de la cual nos despojamos un poco de nuestro narcisismo entregándonos a un vínculo más humano.

[Hay que tener cuidado de lo que nos venden las series rosa, el marketing y el imperativo social que ordena idealizar la familia a costa de dejar de lado la cara oscura, las sombras, la frustración y el dolor que todo vínculo trae, si esto no se puede aceptar y anudar con el amor, aparece luego, como un cáncer silencioso, a través de la violencia y la angustia]

Otro psicoanalista llamado Winnicott trata este tema desde un ángulo diferente, para explicar la aparición en el niño del pensamiento y de la actividad que lo constituye como un ser humano diferenciado, Winnicott dice que la madre tiene que asumir sus fallas, renunciar al intento onnipotente de ser demasiado buena para su hijo y sólo ser:

“Suficientemente buena”.

Es decir, una madre que no colme del todo a su hijo y que permita un lugar para la frustración, que aunque dolorosa, articula el pensamiento del niño y le permite relacionarse con la realidad. Es pues del *colmamiento total de donde surge la perturbación en la que se manifiesta la angustia* ².

Dejar a un hijo con un poco de frustración al negarle algo requiere que los padres renuncien a ser dioses onnipotentes. Es importante por esto aceptar que no se tiene todo, decirle a un hijo que no se le va a dar lo que pide es decirle también que somos carentes. Poder bajar del altar en el que un hijo nos pone, aunque nos

2. Lacan, Jacques; *Seminario X*.

duela el orgullo, es la mejor muestra de amor. A veces el problema mayor es el de los padres, cuando al no aceptar sus propias carencias, las tapan llenando a los hijos de todo.

Angustia ante lo desconocido

Definitivamente la angustia pertenece exclusivamente al campo de lo humano, dejemos al discurso de la biología y de la medicina esos otros términos con los que se la confunde, términos como: tensión y estrés.

La angustia es sufrida por nosotros, sujetos hablantes y deseantes, al tener en frente la apertura de una vida sin camino previo. Nos sentimos susceptibles y desarmados ante lo nuevo, ante la irrupción de la sorpresa que atenta contra cualquier idea de control o manipulación del mundo. Precioso y temible este lugar de extranjeros en la inmensidad del mundo y en nosotros mismos:

“El extranjero está en nosotros y cuando huimos o combatimos al extranjero, luchamos contra nuestro inconsciente, ese “impropio” de nuestro “propio” imposible”³.

El inconsciente es lo extranjero que habita como lo más íntimo y desconocido de nosotros, ese otro del que vengo hablando a lo largo de todo este libro es también el otro que está adentro y que nos sorprende constantemente cuando nos encontramos haciendo algo que no imaginamos poder hacer, soñando algo que nos descoloca, develados ante un lapsus, etc. Insisto en la necesidad de vincularse bien con aquello que nos resulta diferente, con el extranjero de afuera y con el de adentro.

¿Por qué nos angustia lo diferente?

Porque nos hace sentir frágiles, susceptibles a perder. Ese otro ser humano diferente a nosotros nos confronta, nos sorprende, nos hace ver cosas que no veíamos y, no siempre esto resulta agradable.

3. Kristeva, Julia; *Extranjeros para nosotros mismos*.

Mientras escribo esto aparece, sin pedir permiso, un tono que llega desde lejos, una canción cuya letra se empieza a mezclar con las mías, en un mestizaje entre “lo propio y lo ajeno” que quiero escribir y festejar a través de este papel.

Es esa voz de Sabina que canta entre mis letras:

*“Déjame sólo conmigo,
con el íntimo enemigo que malvive de pensión en mi corazón,
el receloso, el fugitivo, el más oscuro de los dos,
el pariente pobre de la duda.
El que nunca se desnuda si no me desnudo yo,
el caprichoso, el orgulloso,
el otro el cómplice traidor.*

*A ti te estoy hablando, a ti, que nunca sigues mis consejos,
a ti te estoy gritando, a ti, que estás metido en mi pellejo,
a ti que estás llorando ahí, al otro lado del espejo,
a ti que no te debo, más que el empujón de anoche
que me llevó a escribir esta canción”.*

Ya lo dice Sabina, es ese otro, extranjero en nosotros mismos, quien empuja a escribir.

Cuando el extranjero nos habla o nos escribe, nos tiende un puente y una invitación a traducir y a descubrir.

¿Quién no se ha sentido como un traductor, avasallado por la lejana lengua adolescente?

El adolescente necesita, pues, de un traductor que reconozca sus códigos y que sepa que viene de un país lejano ubicado entre la niñez y la adultez. Un traductor amable que comprenda que en toda traducción siempre queda algo imposible de transportar a la otra lengua, algo que se nos escapa, que no entendemos. Algo que nos falta y que nos vuelve menos rígidos a la hora de relacionarnos con ese habitante de mundos lejanos llamado adolescente.

Una manera de traducir es ayudarlo a construir metáforas para sus actos, por ejemplo cuando está muy irritado, cuando rompe algo o cuando come todo lo que

Adolescencia: la revuelta filosófica ani bustamante

hay en la cocina, decirle de manera muy ligera, quizás desde el juego y la broma, lo que eso puede estar significando. Nunca darle una sentencia fija e incuestionable, sólo pistas, como hilos de los que pueda tirar en algún momento.

Taller de filosofía

Herramientas

- La angustia también puede ser una aliada ya que nos muestra la inminencia del abismo protegiéndonos de la caída.
- Aprender a decir “No”.
- En nuestra relación con un adolescente hay que ser lo suficientemente imperfectos. La dulzura y el amor se experimentan en esas fallas que ponen a prueba la resistencia y realidad del vínculo.
- Aprender a cuestionar y tomar distancia del vertiginoso consumo, es un ejercicio cotidiano e implica una renuncia difícil de llevar a cabo. Se requiere mucha práctica y el desarrollo de ese gran músculo llamado: creatividad.
- El adolescente es una paradoja, quiere romper la ley para crear la suya. Hay que permitir que nazca esa nueva ley.

Un objetivo

- En este taller pretendo hacer de la angustia un punto de partida para filosofar, para crear y para ser artistas de nuestra propia vida.
- Por lo tanto si notamos que nuestro hijo está con angustia hay que ayudarlo a conectarse con ella, sin asustarnos.
- El primer objetivo es que nosotros los adultos, al vincularnos con los adolescentes, podamos hacernos cargo de nuestras propias angustias y de las que ellos despiertan en nosotros.

Técnica

- Hay que pensar un poco en la manera en la que nos relacionamos con el vacío. ¿Lo negamos? ¿Es generador de creatividad o miedo? ¿Hay un pacto con el consumo desmedido?

- Vale la pena educar a los adolescentes dentro de la experiencia del NO, pues esto permite que conozcan sus límites. Pregúntate: ¿tienes miedo a perder el amor de un adolescente por decirle “No”? ¿tienes miedo a sus desbordes?, ¿tienes miedo que un “no” signifique que no le quieres o que eres malo?, ¿cómo va tu omnipotencia?
- Trabajar la pregunta sobre si tiene sentido tomar ansiolíticos para quitar la angustia si es que se puede aprender a hacer de ella una herramienta protectora ante los peligros del abismo.
- El empezar a formularse estas preguntas sirve para ser más conscientes de los mensajes que les podemos estar dando a los adolescentes en relación a la angustia y el vacío.

El arte y la filosofía empiezan con una buena pregunta que al lanzarla al universo despierta a otros seres humanos.

Las huellas de Carolina y Gonzalo

El amor empieza por una metáfora. Dicho de otro modo: el amor empieza en el momento en que una mujer inscribe su primera palabra en nuestra memoria poética ¹.

Carolina y Gonzalo siguen sus vidas como quien va por una carretera con rumbo incierto, ella habla intentando resolver el enigma del universo o, mejor dicho, de su universo y de esa sexualidad que emerge, nueva, desde los recuerdos de infancia y las ilusiones del porvenir. Él juega con todo lo que tiene enfrente, hace de una piedra una nave espacial, organiza batallas con sus amigos, deambula perdido por calles sin nombre.

Ella a veces no pueda parar de hablar, él a veces no puede parar de reír. Cuando esto ocurre es porque algo nuevo ha empezado a pasar, ellos sin darse cuenta, hacen uso de estos mecanismos de defensa. Y aquello que no puede parar, encuentra su límite en el otro. Uno y otro se cruzan, se interrogan.

Gonzalo sigue diciendo: “*Carolina, ya deja de pensar tanto y para de hablar*”.

Ella sigue diciendo:

“Es que tú no sabes nada ¿Cuándo crecerás?”.

Ellos creen ser los mismos, mientras transitan por los vertiginosos cambios de la adolescencia.

De pronto él descubre que ha dejado tirada la bici que tanto le ilusionaba, mientras ella se golpea contra un papel blanco y, sin saber qué decir, hace una pausa, y escribe sus primeros poemas.

1. Kundera, Milan; *La insoportable levedad del ser*.

Han peleado muchas veces pues no se entienden, aunque lo intentan. Traducen y traducen sus lenguas extrañas y, aunque vecinos, descubren que vienen de países distintos. Se declaran la guerra, se declaran el amor.

Una noche, Carolina perturbada por el acoso de todas las cosas que no entiende, decide dejar a Gonzalo, pues dice que ya no le reconoce, que se siente sola con él al lado, que no aguanta sus risas, sus juegos de niño inmaduro.

Carolina rompe.

Se rompe.

Gonzalo se desespera, llora, corre, maldice.

Rompe todo alrededor.

Se siente solo, se desespera, no tiene las palabras de Carolina que ponían nombre a lo que él no se atrevía siquiera a pensar.

Al séptimo día de encierro en su casa, coge un lápiz y un papel y escribe lo siguiente:

Carolina, no te vayas que no puedo estar así. Sin ti, y sin cualquier persona es como estar sin aire, pero con una mascarilla que da para respirar pero no para suspirar, y eso es lo que quiero, suspirar. Y sentir que no me abandonarás, que no me dejarás. Que me amarás y por fin y sin prejuicios ni perjuicios, dormir juntos y amanecer juntos.

El recuerdo de tu recuerdo, me aflige. Cada vez que recuerdo tu recuerdo, recuerdo el recuerdo de mi soledad y el de mi estupidez. Te he agradecido tantas veces por lo que me diste, te he agradecido tantas por cerrarme la puerta en la cara y no dejarme seguir viendo la ilusión que me hiciste creer por tanto tiempo. Te mordería en todo caso, si vuelvo a verte, si vuelvo a oler tu presencia maldita que llena todo el ambiente en el que el recuerdo de tu recuerdo amenaza con volver y destruir todo lo que, con mucho ahínco, dedicación, y constante trabajo, he logrado construir en mi corazón, que todavía, por cierto, no se recupera de la inminente palabra mal dicha por tus labios que ya no tienen aquella miel que me hizo tanto bien y, a la vez mal, adicto a vivir sólo de besos ².

2. Esta carta pertenece en realidad a un texto de Juan Diego, mi ahijado de 17 años, publicado en un blog en donde escribe todo aquello que le inquieta. Él ha autorizado la transcripción parcial de su creación para colocarla como parte de la historia de nuestros personajes Gonzalo y Carolina.

La pérdida de Carolina desencadena en Gonzalo el enfrentamiento, tantas veces negado, con el vacío. La impotencia que representa el no poder hacer nada para evitar esta ausencia, le hace primero a llevar a cabo diferentes acciones como romper cosas o salir corriendo, luego logra traducir esta angustia en palabras, gesto que inaugura en él un espacio nuevo, un espacio vacío... que por más doloroso que sea, resulta creador.

Gonzalo se consuela, y al cabo de unos días termina dándose cuenta de que eso tan terrible que siente hace que escriba cosas que nunca se imaginó que podían salir de él. Ahora Gonzalo utiliza la tecnología para otras cosas además de jugar: ha creado un blog [espacio virtual que funciona como una suerte de bitácora o de diario personal] en Internet en el que escribe sus sentimientos, sus soledades, sus quejas, sus chistes. Otros lo leen, le hacen comentarios, que cada día espera con más ganas y con más inspiración.

Carolina y Gonzalo no se volvieron a ver, sin embargo cada uno dejó una huella imborrable en la vida del otro. Algunas veces recordarla duele, pero la mayoría les arranca una sonrisa y un suspiro.

Libros recomendados para adolescentes

Camus, Albert; *El extranjero*.

Camus, Albert; *El mito de Sísifo*.

Freud, Sigmund; *El malestar en la cultura*.

Fromm, Erich; *El arte de amar*.

Fromm, Erich; *El miedo a la libertad*.

Gaarder, Jostein; *El mundo de Sofía*.

Gonzáles Calero, Pedro; *Filosofía para bufones*.

Hesse, Herman; *Siddharta*.

Hesse, Herman; *El lobo estepario*.

Kahlo, Frida; *El diario de Frida Kahlo. Un íntimo autorretrato*.

Platón; *El banquete*.

Rilke, Reiner María; *Cartas a un joven poeta*.

Savater, Fernando; *Ética para Amador*.

Sábato, Ernesto; *La resistencia*.

Van Gogh, Vincent; *Cartas a Theo*.

Bibliografía

Camus, Albert; *El extranjero*.

Arendt, H.; *la condición humana*, Ed. Paidós, Barcelona, 2005.

Borges, Jorge Luis; *Otras inquisiciones*, Ed. Alianza, Madrid, 2005.

Calvino, Italo; *El sendero de los nidos de araña*, Ed. TusQuets, Barcelona, 1990.

Cragnolini, Mónica; *Nietzsche: La imposible amistad*. Artículo presentado originalmente como ponencia en el Coloquio Nietzsche, realizado en Lima del 25 al 27 de septiembre de 2000.

Debord, Guy; *La sociedad del espectáculo*; Ed. Pre-textos, Valencia, 2003.

Deleuze, Gilles; *Nietzsche y la filosofía*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1998.

Deleuze y Guattari; *Qué es la filosofía*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1993.

Heidegger, Martin; *Cartas sobre el Humanismo*, Ed. Alianza, Madrid, 2003.

Heidegger, Martin; *Qué es metafísica*, Ed. Renacimiento, Sevilla, 2003.

Iribarne, Julia; *La libertad en Kant*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1981.

Kierkegaard, Soren; *El concepto de angustia*, Ed. Orbis, Madrid, 1984.

Kristeva, Julia; *Extranjeros para nosotros mismos*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1991.

Kundera, Milan; *La insostenible levedad del ser*, Ed. TusQuets, Bogotá, 1989.

Lacan, Jacques; *Seminario X*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1999.

Marinas, José-Miguel; *Los nombres del Quijote*, Ed. Calamar, 2005.

Nietzsche, Friedrich; *Así habló Zarathustra*, Ed. La Oveja Negra, Bogotá, 1984.

Nietzsche, Friedrich; *Humano demasiado humano*, Ed. Edaf, Madrid, 1980.

Nietzsche, Friedrich; *Más allá del bien y del mal*, Ed. Alianza, Madrid, 1986.

Paz, Octavio; *Libertad bajo palabra*, Ed. Cátedra, Madrid, 1998.

Platón; *El Banquete*. Ed. Labor, Barcelona, 1983.

Platón; *Teeteto*, Ed. El Áncora, Bogotá, 1987.

Pizarnik, Alejandra, *Poesía Completa*, Ed. Lumen, Barcelona, 2001.

Russell, Bertrand; *Los problemas de la filosofía*, Ed. Labor, Barcelona, 1980.

Sartre, Jean-Paul; *El existencialismo es un humanismo*. Ed. Orbis, Buenos Aires, 1984.

Sontag, Susan; *Sobre la fotografía*, Edhasa, Barcelona, 1981.

Winnicott, Donald; *Realidad y Juego*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1997.

Zizek, Slavoj; *La pasión en la era descafeinada*, Ed. Digital: <http://es.geocities.com/zizekencastellano/artpasion.htm>

AMAE

Directora: LORETTA CORNEJO PAROLINI

Adolescencia: la revuelta filosófica, por Ani Bustamante

El síndrome de Salomón. El niño partido en dos, por María Barbero de Granda y María Bilbao Maté

La adopción: Un viaje de ida y vuelta, por Alfonso Colodrón Gómez-Roxas

Adolescencia:

la revuelta filosófica

Durante largo tiempo hemos esperado la aparición de un libro que apostara por la filosofía como una herramienta capaz de hacer frente a la dura condición por la que atraviesa el adolescente. Ani Bustamante, filósofa y psicoterapeuta de jóvenes y adultos, nos propone en este libro una relación vital entre adolescencia y filosofía, ya que es justamente el adolescente el que lleva a cabo, de forma radical, la actividad cuestionadora y crítica del filósofo. También nos invita a pensar la adolescencia como ese "lugar" por el que todos, de una u otra manera, transitamos cuando nos encontramos ante la irrupción de lo nuevo o ante la caída de antiguas formas de ver la vida. Es por ello que este libro resulta imprescindible, pues sitúa la adolescencia de cara a esta sociedad posmoderna en la que, así como los jóvenes tienen que conformar sus identidades, también los adultos nos vemos confrontados con una crisis de los valores tradicionales que nos exige el máximo esfuerzo filosófico de reflexión.

Este libro se presenta también como el "regalo" de una filósofa y escritora amante de los jóvenes, ya que en él encontramos, además, una serie de ejercicios prácticos y novedosos a modo de "Talleres de Filosofía". Estos representan el cúmulo de herramientas que expone para que, tanto el joven como los adultos encargados de estar a su lado (profesores, padres, educadores) puedan beneficiarse aplicando este método.

ISBN: 978-84-330-2224-0



9 788433 022240

www.ediciones.com



Desclée De Brouwer